

EL OBRERO EBANISTA

Órgano del Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

ADHERIDO A LA F. O. R. A., F. O. L. DE B. A. ý F. DE T. EN M.

REDACCION: RIOJA 835 — BUENOS AIRES, NOVIEMBRE DE 1921 — AÑO XIII — NÚM. 109

LA OBRA ANTIRREVOLUCIONARIA

La característica del actual momento proletario es de depresión general. Una quietud nada halagüeña parte de la Capital y se extiende por todo el interior, ofreciendo el espectáculo de una clase trabajadora que duerme...

Y, sin embargo, las causas que otrora impulsaron a las luchas intensas y fecundas subsisten actualmente, agravadas por un malestar económico siempre en aumento.

Unos sindicatos han descendido en cuanto se refiere a sus ordinarias actividades; otros desaparecieron de la lucha sindical; y los que aún subsisten, perdieron un gran porcentaje de su fuerza numérica. En tal sentido, las pérdidas experimentadas por algunos fueron tan sensibles que, para mantenerse, debieron recurrir a la solidaridad exterior, a esas inyecciones de savia que son el mejor testimonio de que quienes las necesitan no están sobrados de vigor.

Causas del momento, y que son una repetición de aquellas que en situaciones análogas tanto nos perjudicaron, contribuyeron en gran parte a este estado de sopor general. Pero hay una causa nueva, de más eficacia que las hasta aquí conocidas, que ha originado ese quebrantamiento sindical, llevando el desgano al ánimo de aquellos trabajadores que concurren por vez primera a la organización impulsados tan sólo por un móvil particular y sin otro alcance que el de mejorar sus precarias condiciones de trabajo.

El factor de desmoralización a que nos referimos es el que convirtió a los sindicatos en centros de actividades políticas y de luchas partidistas de todo género.

Los intereses que hoy se manifiestan en la organización no son otros que los inspirados en el deseo de dominarla. A este fin concurre con sus actividades el partido A, la tendencia B y el grupo C. Lo poco que quedó de las organizaciones se desintegró para dar lugar a la formación de los grupos, y de esta manera las organizaciones obreras han perdido lo que tenían de homogéneo en base del interés económico común a todos sus componentes, y se han convertido en un conglomerado de partidos y tendencias, cuyo contacto hace inevitable el choque y el escándalo desagradable que de él se deriva.

Eso es actualmente la organización sindical: punto de cita para la lucha política, y tribuna en la cual se debaten distintos criterios ideológicos, tan respetables por la apreciación de ellos en sí como despreciables en lo que se convierten en factores de disgregación.

Los que tal lucha fomentan, incurren en un censurable desatino.

¿Qué es lo que pretenden al introducir esa lucha en los sindicatos?

Queremos suponer que no los guía otro móvil que el de sumar adeptos a sus respectivas tendencias, para luego obtener un contralor eficiente sobre la organización sindical.

Lo absurdo de esta pretensión bastaría para que hiciesen abandono de la misma los que se diesen a reflexionar seriamente sobre sus resultados negativos.

El bando que suscita una lucha de ese orden, debe contar con la inevitable reacción de los bandos adversarios. Y en el mejor de los casos, la tendencia que por su superioridad en el razonamiento y por su gran cantidad de adeptos, pudiese, aun sin pretenderlo, influir en la dirección del Sindicato, se verá postergada por la oposición de las otras tendencias que en el peligro común, sabrán unirse para constituir el número mayor e indispensable para rechazar un dominio ideológico que no es el propio. Con tal procedimiento, ni siquiera se puede tener en cuenta la perspectiva de un aumento en el número de los prosélitos, por cuanto repugna a la naturaleza humana el acatamiento de principios y normas introducidas con carácter de imposición en un medio de composición política tan heterogéneo como los sindicatos.

Las luchas de este género se inician con un fin determinado; pero los hechos se encargan de crear otro fin bien distinto al anhelado por los interesados. Es que en todas estas luchas se parte del error que desconoce otras voluntades que no sean las nuestras y otros principios que puedan superar a los que nosotros sustentamos. En vez, la realidad nos muestra cómo cada hombre es una voluntad y cómo frente al conjunto de hombres crecen las dificultades para la victoria que persigue el núcleo de las voluntades disciplinadas por una afinidad ideológica.

Al no lograr la imposición, sobreviene la disgregación del conjunto que se intenta dominar. Los trabajadores que van a la organización guiados por un interés económico, se apartan de la misma en cuanto advierten su carácter político, y de ese modo los sindicatos, que nunca son tan fuertes como cuando en su seno reunen toda la fuerza económica de los trabajadores que pudieran integrarlos, se reducen a deleznables círculos de discusión, sin valor ni mérito para combatir al capitalismo.

Y esos trabajadores que se alejan de los sindicatos por las causas dichas, son elementos que se restan a la lucha de la emancipación proletaria, ya que se les priva de la escuela que poseen los trabajadores para combatir el egoísmo y la indiferencia de los más atrasados, y llevar a su ánimo la preocupación por los intereses generales y con ello la visión de un mundo mejor.

He ahí cómo con un propósito revolucionario se realiza una obra antirrevolucionaria, en virtud del falso concepto que atribuye a una idea dada, más mérito para transformar la mentalidad de los trabajadores, que los mismos hechos revolucionarios, verdaderos transformadores de la mentalidad. Esa obra es la que vienen realizando todos los que por un interés político o principista, deshacen con su conducta la probabilidad de hechos revolucionarios que involucrasen a todos los obreros, aun a aquellos que van a la organización animados por un interés personal. Es decir que esos procedimientos no sirven ni para quienes los llevan a cabo; pero sí sirven para perjudicar a todo el mundo trabajador, ya que con ellos, lo único que se va logrando es la destrucción de los sindicatos.

Demos a la crisis mundial y al período de estancamiento en que se encuentra la revolución rusa, la parte que les corresponde como factores de nuestra situación cansina; pero no olvidemos nuestros propios factores, y que en ese sentido arrojan mayor contribución que los que nos vienen del exterior, y uno de ellos es, y sin duda el principal, el de las luchas doctrinarias en mala hora introducidas en los sindicatos.

A ellas les debemos el acentuado distanciamiento de las masas trabajadoras, el terrible y peligroso escepticismo que las invade y también la desnaturalización de los sindicatos; todo ello por obra de quienes no pueden ver ninguna agrupación humana sin que de inmediato piensen y traten de hacerla servir a sus intereses de partido o de grupo.

Los tísicos de Ushuaia

Por declaraciones del gobernador de Tierra del Fuego sabemos que en la población penal de Ushuaia existen 33 tuberculosos. Este número lo componen únicamente los enfermos en último grado, los que el presidio, avaro de explotación, no puede ya utilizar para cortar leña en el bosque eternamente blanco. Son 33 hombres, números mejor dicho, que aguardan, quizá satisfechos, la hora que los substraiga al gris exterior del paisaje presidiario, pero donde las almas viven la roja tragedia de las privaciones más torturantes.

El gobernador nada dice de los otros tuberculosos, de los que ya se encuentran en condiciones de completar el número 33, apenas éste cierre sus ojos al espectáculo de la nieve, poniendo a la vez fin a sus dolorosos sufrimientos.

Y sin embargo debe haberlos, y en gran cantidad. Lo exige así la naturaleza de un régimen presidiario donde el frío no encuentra cobijas que lo detengan, ni el estómago alimento suficiente y adecuado, y que, en contraposición, se exige a los penados esfuerzos superiores a los que podrían soportar otros organismos mejor cuidados.

La terrible cifra de 33 tuberculosos en estado de inutilidad absoluta para el trabajo forzado ¿a cuánto llegará, sumando la de aquellos que, aun siendo tísicos, conservan algunas fuerzas para resistir los golpes de los guardianes que los conducen al trabajo? Por reducida que fuese esa cifra, siempre sería espantosa con relación a los 400 números que componen la población presidiaria de Ushuaia.

El director del presidio, que parece ser un empresario de bacilos de Koch, reclama un aumento de población y al efecto solicita del gobierno el envío de 250 presos más. No importa que los presos que se piden sean candidatos a llenar el número 33 de los absolutamente inutilizados por la enfermedad. El presidio los necesita, y más ahora que se va a dedicar a obras para el Estado, y ésa es para un director de cárceles una razón que no puede menoscabar una puerilidad de orden sanitario. El Estado tiene sus necesidades, y el director de un presidio, y a la vez gobernador de un territorio, debe servir para algo...

Consolémosnos, sin embargo. La cifra de los tísicos de Ushuaia, con ser importante, no es aterradora. Ella pudiera llegar a términos espantables, de no mediar esa sabia y previsora Constitución nacional que, en un artículo pertinente, establece que las prisiones no serán en nigún caso centro de tortura sino simples lugares de seguridad.

¡Ay, si no fuese la Constitución!...

Los tísicos de Ushuaia tendrían que ensayar un poco de fe en la Constitución para ver si se salvaban.

Ahí tenemos al gobernador que, por creer en ella, se encuentra como inmunizado.

El taparrabos número 7029

Las disposiciones de la ley 7029, llamada de "defensa social", que por lo brutales eran incompatibles con el espíritu del nuevo código penal, han quedado derogadas.

La derogación de esas disposiciones, y a las cuales pertenecía la pena de muerte como sanción penal para determinados casos, produjo alarma a más de cuatro burgueses tan timoratos como amantes de su bolsa. Y los que por su inteligencia cerril aún creen que la dinámica de la historia está contenida en el código penal, habrán pensado que la derogación de los extremos de la ley social implicaría entregar la población de la República a un estado sistematizado de terror.

Cada trabajador sería un anarquista, y éste, antes que un personificador del ideal de Kropotkine, vendría a convertirse en un dinamitero de profesión y por sport. Así, Buenos Aires, que sería sin duda la ciudad preferida del terrorismo, ofrecería diariamente el espectáculo de Reims, por ejemplo, cuando era blanco de las granadas disparadas por el ejército alemán, en su casi totalidad compuesto por antiterroristas, y dirigido por personalidades tan partidarias del orden social como enemigas del terror que nuestra ley social pretendía reprimir con un espíritu draconiano.

Las garantías de que no se suprimiría la vida al que pusiese fin a la de un semejante por medio de un explosivo, parece que no sedujeron a ninguno de los terroristas ocultos por temor a la ley, pues hasta la fecha, la crónica policial no ha registrado un solo caso de homicidio que, por la forma de su ejecución, pudiese relacionarse con las prescripciones preventivas de la ley derogada.

Nuestros burgueses pudieron — y pueden actualmente — pasear tranquiltmente por las calles de la capital, libres del peligro que para sus vidas comportaría el estallido de una bomba en cada esquina. ¡Aquí no pasa nada!

En realidad, lo único que en el país hubo de terrorismo, fué la ley social.

Antes de promulgarse esa ley, apenas si se habían arrojado dos bombas. Recordamos perfectamente que una de ellas mató a un capataz de vigilantes, y la otra no mató a nadie, pero infundió un miedo atroz a buen número de burgueses, los cuales, asustadísimos, crearon esa ley.

Se habló de una bomba anterior a esas dos ¡Mentiras! Se trata de una lata de sardinas en conserva, arrojada a un presidente de la República que, en el afán de europeizarse, no se avenía a terminar el período del mando, sin ser objeto de un atentado.

Y el atentado fué realizado... con una lata de sardinas.

Claro está que los diarios, en esa ocasión hablaron de una bomba y que la policía habló en ese mismo sentido por boca de esos mismos diarios. La cosa tenía que ser hecha así; pero, en definitiva, el asunto no pasó de lata.

El terrorismo más o menos eficaz, el tirar bombas a un dos por tres, ya en los autos, ya en los tribunales, ya en la casa de cualquier "honesto" vecino, fueron hechos que sólo conocimos cuando la ley antiterrorista se puso en vigencia. Fué bajo esa ley que se atentó contra todo el mundo por medio de bombas.

Lejos de prevenir el terrorismo, la ley social lo fomentó. Antes, a ningún terrorista se le ocurría tirar bombas a un patriota; y en vez ahora, en las postrimerías de la vida de esa ley, no faltó quien destinase una a un jefe de patriotas rosarinos. Y pasamos por alto las bombas a los conventos y otras bombas más.

A nosotros no nos extrañan estas situaciones tan contradictorias en apariencia. No hay nada mejor que crear una ley imponiendo a los ciudadanos la condición de bípedos, para que todo el mundo sea presa de la manía de andar a cuatro patas.

Nosotros nos hemos percatado de la martingala de las leyes, y en posesión de ella, nos explicamos una serie de consecuencias no previstas aún por la "sagacidad" de los legisladores. Si tuviésemos la oportunidad y los medios para recurrir a la estadística, tumbaríamos de espanto a esos crédulos sujetos que piensan que desde la promulgación de la ley Palacios no se explotaron más mujeres, ni más niños en las fábricas por virtud de esa otra ley debida al mismo legislador.

La ley es un taparrabos. Da la sensación de que quien lo usa "no lleva nada"; pero en cuanto se mete la mano por abajo, ¡vaya si se encuentra algo!

Su excelencia la democracia

Dicen que las acciones de la democracia se rigen por dos derechos; que uno de esos derechos es de uso de los administradores del régimen democrático, y que el otro es aplicado por dichos administradores a sus administrados. No faltan quienes aseguren la existencia de esa dualidad para luego protestar:

—¡Cómo! ¿No somos todos iguales ante la ley? ¡Pues todo lo que tienda a diferenciar a los hombres ante la misma, es atentar contra el espíritu de la democracia!

Huelga decir, que, los que así opinan pertenecen al bando de los administrados. Es esta una opinión parcial; tan parcial como la del comprador que se resiste a ver en el almacenero a una persona honrada.

Los que así opinan en nombre de la democracia, no caen en la cuenta de que sus juicios emanan de una concepción antidemocrática. Son enemigos incorregibles del régimen en que todos vivimos, pero disfrazados de amigos y perfeccionadores del mismo.

Si no fuese esa enemistad, que tan fácilmente se deriva en deslealtad, no emitirían un juicio tan a la ligera y tan dañino para un régimen que, dígase lo que se quiera, cuenta con muchos y muy sinceros defensores. Los banqueros, por ejemplo, son demócratas ardientes. Los jefes del ejército, llevados de su amor a este régimen ideal, han hecho lo humanamente posible por armonizar el carácter absolutista de la disciplina militar con el régimen social en que viven y al que rinden culto. A este respecto, Lugones hacía notar, como fruto de sus recientes observaciones en Francia, de que los saludos entre militares eran un tanto desganados y revelaban una flexibilidad encantadora. ¡Saludos democráticos!

Los banqueros y los militares de graduación no están solos. Con ellos se identifican los industriales y los comerciantes. Además tenemos a los políticos que, a fuerza de ser demócratas, hicieron de la democracia una profesión.

Puede decirse que la *élite* social constituye el santuario de la democracia. Este hecho ya bastaría—si no se tratase de gentes profundamente ignorantes—como demostración de la

bondad de un régimen que cuenta como admiradores a lo mejor y más granado de la colectividad. ¡Y, sin embargo, no faltan quienes lo critiquen, y de manera acerba!

Nosotros, a pesar de no ser parte integrante de la *gente bien,* no podemos desconocer las inmensas ventajas que ofrece el vivir en un régimen social como el nuestro. En ningún otro régimen existió la persona como entidad social. Y, desde luego, nunca como ahora ha tenido esa persona tanta figuración, ni un valor tan positivo para decidir la marcha de los acontecimientos, por la participación que se le otorga en los mismos. Cualquiera persona—general o soldado, millonario o mendigo—disfruta de un valor que la iguala a las demás personas. Puede votar; puede inscribir sus hijos—si no es neomalthusiano, naturalmente—en el registro civil; puede participar en la suerte de una lotería, etc.

Sin embargo, y a pesar de estas positivas ventajas, no faltan gentes quejosas del régimen y dadas a la tarea de desprestigiarlo.

Decididamente, va haber necesidad de aumentar el número de los banqueros, el de los militares, el de los políticos y el de los rentistas para disminuir el de los enemigos de la democracia.

Así se podrá neutralizar la acción corrosiva que éstos realizan en perjuicio de un sistema que reclama ser consolidado, y antes de que una riña por antagonismos lo eche abajo.

A la espera de otra ley

La ley que reduce, o que pretende reducir, el precio de los alquileres a los términos que regían en enero de 1920, parece que no se cumple. Si la ley se cumpliese, no habría garrotazos en los conventillos, corridas presurosas a los juzgados y tantos otros hechos reveladores de que una cosa es la ley, y otra, y bien distinta, su cumplimiento.

Nosotros conocemos personas que están acostumbradas a mirar las cosas a través de las disposiciones legales, y que no salen de su asombro cada vez que un nuevo hecho les depara la comprobación de la escasa eficacia de esas determinaciones legislativas. Y una de esas personas, creyendo haber dado en la tecla del incumplimiento de la ley, nos advertía, con los gestos propios de quien devela un misterio:

—¿Sabe a qué se debe eso? A que el parlamento se olvidó de dictar una segunda ley por la cual se hiciese obligatorio el cumplimiento de la primera.

—Pues siendo así — objetamos —, la cosa tiene fácil arreglo. Recuerde usted a los padres de la patria la omisión, a fin de que la reparen, y luego siéntese con tranquilidad.

No sabemos si la primera indicación, la que se refiere a la omisión parlamentaria, fué cumplida por la persona amiga. Pero creemos que sí, pues hace poco pudimos constatar el estado de tranquilidad de la persona en cuestión. A lo que parece, espera que la segunda ley se dicte para que la primera se cumpla, y de esa manera tener derecho a la rebaja "legal" del alquiler que paga por un tabuco de conventillo.

Por fortuna para sí, la persona amiga adoptó la más conveniente actitud de espera: se ha sentado.

¡Pobres víctimas!

Suponemos que a esta hora los anarquistas de Rusia ya sabrán que los correligionarios que entre nosotros tenían la misión de defenderlos de la dictadura sovietista, están siendo víctimas de una atroz persecución. Del hecho, a pesar de su atrocidad, nadie sabía nada; pero el mundo hubo de enterarse de él gracias a las publicaciones de una prensa muy conocida por su indigencia moral.

El aspecto trágico de la persecución consiste en que quienes la desencadenaron no son, como pudiera creerse, elementos componentes de un Estado más o menos dictatorial, sino sujetos pertenecientes a una fracción que las víctimas conceptúan, desde un punto de vista ideológico, "fracasada".

El poder de la fracción "fraccasada", que tiene a su cargo la feroz persecución a los anarquistas, debe ser formidable, ya que, sin contar con los recursos coercitivos, propios de un poder estatal, fué capaz de hacer proferir a sus víctimas gritos desesperados. Queremos suponer esto para honra de las víctimas, puesto que la ausencia de poder en sus persecutores y verdugos, sólo sería admisible después del reconocimiento de la cobardía revolucionaria de los castigados. Luego, los "fracasados" serían gente fuerte, por lo menos en la lógica, que es contra la que gritan esas pobres víctimas como si recibieran palos.

Por razones de reciprocidad, es muy posible que en Rusia se haya efectuado alguna demostración anarquista, "de solidaridad con los camaradas perseguidos en la Argentina"; por lo que se creerá en Rusia que en la Argentina ocurre lo que aquí se supone que sucede en Rusia: que los "anarquistas" que no han sido aún colgados es porque han huído, o porque se prestaron a servir incondicionalmente a sus "verdugos".

¡Cuánta susceptibilidad!

Reducida a sus verdaderos términos, la terrible "persecución" no pasa de... una tormenta en un vaso de agua. Trátase, en efecto, de un pedido hecho por un *anarquista* del Sindicato de Ebanistas—pedido hecho por intermedio de la Comisión de la organización—y que consiste en que otros anarquistas del gremio, constituídos en grupo de afinidad ideológica, no hagan uso de una denominación que pudiera prestarse a que gentes poco interiorizadas, tomasen el Sindicato por la agrupación o viceversa.

¡Toda la "persecución" emana de ese inocente pedido!

Si los anarquistas de Rusia armaron el escándalo conocido, por una puerilidad como esta que aquí hizo tantas víctimas "anarquistas", los bolsheviquis han hecho bien al prenderlos; porque merecen eso, y aun ser fusilados, gentes que, antes que anarquistas, son flojos, livianos de criterio y escandalosos; defectos estos que no favorecen ninguna causa revolucionaria y que antes bien la echan a perder.

DON JOSE.

Para que la ley se cumpla...

Existe un abismo entre una ley recién promulgada y su ejecución práctica en la vida.

..

No basta hacer una nueva ley: se necesita, además, casi siempre, crear el mecanismo para aplicarla. Y por poco que la nueva ley perjudique a un privilegio inveterado, se necesita poner en juego toda una organización revolucionaria para que esa ley se aplique con todas sus consecuencias.

PEDRO KROPOTKINE.

La peseta

¿Qué ha subido el precio de los alquileres? ¿Que las patatas están por las nubes? ¿Que el calzado cuesta un ojo de la cara?... Nada de eso. Es que la peseta ha perdido su capacidad adquisitiva.

Teóricamente, las patatas están donde estaban; pero la peseta no puede adquirirlas con tanta facilidad como antes. Antes re reunían quince o veinte pesetas, se iba a una tienda y adquiríase en el acto un par de zapatos bastante aceptables. Ahora, para realizar la misma empresa ,se necesitan sesenta pesetas por lo menos. No es que el coste del calzado haya aumentado, aunque tal crean los profanos en cuestiones económicas. No. Es que la peseta ha perdido su capacidad adquisitiva.

Los profanos en cuestiones económicas pueden decir que esto es igual, y, en efecto. es igual. Es igual prácticamente; pero, ¿y la teoría?

Por mi parte, cuando yo creía que los alquileres estaban muy caros, me resignaba a vivir en un piso deficiente; pero desde que sé que los alquileres no han sufrido aumento alguno de precio, mi resignación es imposible. ¿Cómo voy a resignarme a pagar muy cara una casa que, teóricamente es muy barata? ¿Cómo voy a resignarme a que mis pesetas hayan perdido su capacidad adquisitiva?

El caso es que, con una peseta, yo sigo adquiriendo diez perras gordas siempre que quiero. La capacidad adquisitiva de las pesetas, con respecto a las perras gordas, es la misma de siempre, y, con respecto a las monedas extranjeras, es mucho mayor de lo que haya podido serlo nunca. Con una peseta se adquieren hoy numerosos marcos, abundantes coronas y liras a profusión. Patatas, en cambio, se adquieren poquísimas. La peseta ha perdido su capacidad adquisitiva, pero únicamente para las cosas, lo que equivale a afirmar que es todo el dinero el que ha perdido capacidad de adquirir.

¡Y el partido socialista protesta!... Indudablemente no existe en nuestra política otro partido tan burgués. ¿De qué se trata, señores, más que de que el dinero pierda su capacidad adquisitiva? Antes, con las pesetas se compraban patatas. Ahora con las patatas hay ya quien se dedica a acaparar pesetas. Y, dentro de poco, en vez de pesetas, los hombres utilizarán para sus transaciones patatas, chorizos, rodajas de salchichón y cigarrillos de cincuenta.

Julio CAMBA.

Golpe doble

(CUENTO)

Al abrir la puerta de su barraca encontró Sento un papel en el ojo de la cerradura.

Era un anónimo destilando amenazas. Le pedían cuarenta duros y debía dejarlos aquella noche en el horno que tenía frente a su barraca.

Toda la huerta estaba aterrada por aquellos bandidos. Si alguien se negaba a obedecer tales demandas, sus campos aparecían talados, las cosechas perdidas y hasta podía despertar a media noche sin tiempo apenas para huir de la techumbre de paja, que se venía abajo entre llamas y asfixiando con su humo nauseabundo.

Pimentó, que era el mozo mejor plantado de la huerta de Ruzafa, juró descubrirles y se pasaba las noches emboscado en los cañares, rondando por las sendas, con la escopeta al brazo; pero una mañana lo encontraron en una acequia con el vientre acribillado y la cabeza deshecha... y adivina quién te dió.

Hasta los papeles de Valencia hablaban de lo que sucedía en la huerta, donde al anochecer se cerraban las barracas y reinaba un pánico egoísta, buscando cada cual el salvarse, olvidando al vecino. Y a todo esto, el tío Batiste, alcalde de aquel distrito de la huerta, echando rayos por la boca cada vez que las autoridades, que le respetaban como potencia electoral, hablábanle del asunto; y asegurando que él y su fiel alguacil, el *Sigró,* se bastaban para acabar aquella calamidad.

A pesar de esto, Sento no pensaba acudir al alcalde. ¿Para qué? No quería oir en balde baladronadas y mentiras.

Lo cierto era que le pedían cuarenta duros y si no los dejaba en el horno le quemarían su barraca, aquella barraca que miraba ya como un hijo próximo a perderse; con sus paredes de deslumbrante blancura, la montera de negra paja con crucecitas en los extremos, las ventanas azules, la parra sobre la puerta como verde celosía, por la que se filtraba el sol con palpitaciones de oro vivo; los macizos de geranios y donpedros orlando la vivienda, contenidos por una cerca de cañas; y más allá de la vieja higuera, el horno de barro y ladrillos, redondo y achatado como un hormiguero de Africa. Aquello era toda su fortuna, el nido que cobijaba a lo más amado, su mujer, los tres chiquillos, el par de viejos rocines, fieles compañeros en la diaria batalla por el pan, y la vaca blanca y sonrosada que iba todas las mañanas por las calles de la ciudad, despertando a la gente con su triste cencerreo y dejándose sacar unos seis reales de sus ubres siempre hinchadas.

¡Cuánto había que arañar los cuatro terrones, que desde su bisabuelo venía regando toda la familia con sudor y sangre, para juntar el puñado de duros que en un puchero guardaba enterrados bajo la cama! ¡En seguidita se dejaba arrancar cuarenta duros!... El era un hombre pacífico; toda la huerta podía responder por él. Ni riñas por el riego, ni visitas a la taberna, ni escopeta para echarla de majo. Trabajar mucho para su Pepeta y los tres mocosos, era su única afición; pero ya que querían robarle sabría defenderse ¡Cristo! En su calma de hombre bonachón despertaba la furia de los mercaderes árabes, que se dejan apalear por el beduíno, pero se tornan leones cuando les tocan su hacienda.

Como se aproximaba la noche y nada tenía resuelto, fué a pedir consejo al viejo de la barraca inmediata; un carcamal que sólo servía para segar brozas en las sendas, pero de quien se decía que en la juventud había puesto más de dos a pudrir tierra.

Le escuchó el viejo con los ojos fijos en el grueso cigarro que liaban sus manos temblorosas cubiertas de caspa. Hacía bien en no querer soltar el dinero. Que robasen en la carretera, como los hombres, cara a cara, exponiendo la piel. Setenta años tenía; pero podían irle con tales cartitas. Vamos a verte, ¿tenía agallas para defender lo suyo?

La firme tranquilidad del viejo contagiaba a Sento, y se sentía capaz de todo para defender el pan de sus hijos.

El viejo, con tanta solemnidad como si fuese una reliquia, sacó de detrás de la puerta la joya de la casa: una escopeta de pistón que parecía un trabuco y cuya culata apolillada acarició con fruición.

La cargaría él, que entendía mejor a aquel amigo. Las temblorosas manos se rejuvenecían. ¡Allá va pólvora! Todo un puñado. De una cuerda de esparto sacaba los tacos. Ahora una ración de postas, cinco o seis; a granel los perdigones zorreros, metralla fina, y al final un taco bien golpeado. Si la escopeta no reventaba con aquella indigestión de muerte, sería misericordia de Dios.

Aquella noche dijo Sento a su mujer que esperaba turna para regar, y toda la familia le creyó, acostándose temprano.

Cuando salió, dejando bien cerrada la barraca, vió a la luz de las estrellas, bajo la higuera, al fuerte vejete ocupado en ponerle el pistón al amigo.

Le daría a Sento la última lección, para que no errase el golpe. Apuntar bien a la boca del horno y tener calma. Cuando se inclinase buscando el *gato* en el interior... ¡fuego! Era tan sencillo, que podía hacerlo un chico.

Sento, por consejo del maestro, se tendió entre dos macizos de geranios, a la sombra de la barraca. La pesada escopeta descansaba en la cerca de cañas, apuntando fijamente a la boca del horno. No podía perderse el tiro. Serenidad y darle al gatillo a tiempo. ¡Adiós, muchacho! A él le gustaban mucho aquellas cosas; pero tenía nietos, y además estos asuntos los arregla mejor uno solo.

Se alejó el viejo cautelosamente, como hombre acostumbrado a rondar la huerta, esperando un enemigo en cada senda.

Sento creyó que quedaba solo en el mundo; que en toda la inmensa vega, estremecida por la brisa, no había más seres vivientes que él y *aquéllos* que iban a llegar. ¡Ojalá no viniesen! El cañón de la escopeta sonaba al temblar sobre la horquilla de cañas. No era frío, era miedo. ¿Qué diría el viejo si estuviera allí? Sus pies tocaban la barraca, y al pensar que tras aquella pared de barro dormían Pepeta y los chiquitines sin otra defensa que sus brazos, y a los que querían robar, el pobre hombre se sintió otra vez fiera.

Vibró el espacio, como si lejos, muy lejos, hablase desde lo alto la voz de un chantre. Era la campana del Miguelete. Las nueve. Oíase el chirrido de un carro, rodando por un camino lejano. Ladraban los perros, transmitiendo su fiebre de aullidos de corral en corral y el *rac rac* de las ranas en la vecina acequia, interrumpíase con los chapuzones de los sapos y las ratas que saltaban de las orillas por entre las cañas.

Sento contaba las horas que iban sonando en el Miguelete. Era lo único que le hacía salir de la somnolencia y el entorpecimiento en que le sumía la inmovilidad de la espera. ¡Las once! ¿No vendrían ya? ¿Les habría tocado Dios en el corazón?

Las ranas callaron repentinamente. Por la senda avanzaban dos cosas obscuras, que a Sento le parecieron dos perros enormes. Se irguieron: eran dos hombres, que avanzaban encorvados, casi de rodillas.

—Ya están ahí — murmuró, y sus mandíbulas temblaban.

Los dos hombres volvíanse a todos lados, como temiendo una sorpresa. Fueron al cañar, registrándolo: acercáronse después a la puerta de la barraca, pegando el oído a la cerradura, y en estas maniobras pasaron dos veces por cerca de Sento sin que éste pudiera conocerles. Iban embozados en sus mantas, por bajo de los cuales asomaban las escopetas.

Esto aumentó el valor de Sento. Serían los mismos que asesinaron a *Pimentó.* Había que matar para salvar la vida.

Ya iban hacia el horno. Uno de ellos se inclinó metiendo las manos en la boca y colocándose ante la apuntada escopeta. Magnífico tiro. Pero, ¿y el otro que quedaba libre?

El pobre Sento comenzó a sufrir las angustias del miedo; a sentir en la frente un sudor frío. Matando a uno, quedababa desarmado ante el otro. Si les dejaba ir sin encontrar nada, se vengarían quemándole la barraca.

Pero el que estaba al acecho se cansó de la torpeza de su compañero y se fué a ayudarle en la busca. Los dos formaban una obscura masa, obstruyendo la boca del horno. Aquella era la ocasión. ¡Alma, Sento! ¡Aprieta el gatillo!...

El trueno conmovió toda la huerta, despertando una tempestad de gritos. y ladridos Sento vió un abanico de chispas, sintió quemaduras en la cara, la escopeta se le fué y agitó las manos para convencerse de que estaban enteras. De seguro que el "amigo" había reventado.

No vió nada en el horno: habrían huído. Y cuando él iba a escapar también, se abrió la puerta de la barraca y salió Pepeta en enaguas, con un candil. La había despertado el trabucazo y salía impulsada por el miedo, temiendo por su marido, que estaba fuera de casa.

La roja luz del candil, con sus azorados movimientos, llegó hasta la boca del horno.

Allí estaban dos hombres en el suelo, uno

La Revolución Rusa

Por RADEMAL

TOMO IV (1917-1921)

Desde el día 7 de noviembre quedó incorporado a la historia universal el cuarto tomo de la revolución rusa.

Son trescientas setenta y cinco páginas de intensa y emocionante lectura. Así se desprende del glosario contrahecho, diariamente trasmitido por las agencias noticiosas y placenteramente servido al público por la prensa burguesa.

Hasta que no nos lleguen directamente de Rusia los gruesos cuatro tomos de la cronología revolucionaria, debemos contentarnos con los fragmentos que se deslizan a través de los alambrados de púa tendidos alrededor de Rusia por la libérrima democracia capitalista.

Como ocurre con todo acontecimiento llamado a trastornar derechos seculares, el bolshevismo no podía escapar al odio que se viene manifestando contra él. ¡Y qué odio!

Tres años de formidables tentativas de estrangulamiento se han estrellado contra los acerados pechos del valiente y heroico ejército de obreros y campesinos.

Con Wrangel — oficialmente apadrinado por la reaccionaria Francia — terminan las empresas antibolshevistas, no así las hostilidades a base de calumnias, mentiras y falsedades diariamente volcadas a manos llenas.

¿Qué decir de las dificultades no menos criminales, ingeniosamente escogidas por los gobiernos capitalistas, fijos en el propósito de dañar a los bolshevistas? ¿Y las intrigas, la última de las cuales la constituye la supuesta comisión interaliada de socorro a los hambrientos rusos?

Cuando reflexionamos con la calma debida, sobre el cúmulo de violencias y perfidias, vencidas y aclaradas oportunamente, vemos engrandecerse los méritos de la osadía y del valor desplegado por los bolshevistas. ¿Habrían triunfado de todos sus enemigos externos e internos si no tuvieran de su lado la fuerza poderosa de los trabajadores? ¿Habrían llegado al cuarto año de la dictadura proletaria si por desgracia, llegara a producirse entre los líderes bolshevistas alguna de esas rivalidades susceptibles de comprometer la cohesión revolucionaria?

Es a su cohesión moral, mantenida en la buena como en la mala fortuna, que los bolshevistas deben lo más de sus éxitos.

Por primera vez en la historia se ha dado el caso de una revolución que sabe obrar sin discrepancias. Al no quebrantarse la cohesión bolshevista, nos es dado esperar la explosión de rabia que castigará a todos sus enemigos.

Al decir "sus enemigos", no es sin pena que vemos a muchos socialistas, anarquistas y hasta sindicalistas, hacerse vehículo de las patrañas antibolshevistas que a diario inventan las agencias noticiosas al servicio del capitalismo.

Esa conducta responde a una repugnante aberración, la cual, felizmente, no ha tenido consecuencias en el proceso de la revolución rusa. Con todo, ellos no escaparán al severo fallo de la historia.

Si no bastara el camino dificilísimo recorrido por la revolución rusa, el sólo hecho de ser combatida por la coalición capitalista debería ser suficiente para despertar las simpatías de todos los que tienen afinidad ideológica con ella. Las reclamaría, además, un deber elemental de coherencia, más imperativa en los trances que como los de la revolución rusa, bien pueden decidir la suerte del proletariado universal.

En cambio, con las críticas extemporáneas que se vienen haciendo a los bolshevistas y a su obra revolucionaria, consciente o inconscientemente se ofende la revolución.

Cuando se carece de toda documentación auténtica, perfectamente en regla, que permita valorizar o censurar la obra revolucionaria de los bolshevistas, no es honesto adelantar juicios que a las postre pueden resultar infundados.

Nada de admiración incondicional — porque estaría en pugna con nuestra condición de hombres exentos de idolatrías —; pero que frente a los procedimientos bárbaros, aviesos, brutales y perversos de la coalición capitilista, sintamos brotar en nosotros espontáneamente la indignación que nos haga tomar la palabra para le defensa del bolshevismo. Así entendido, todos los que no han sabido, socialísticamente — excluímos las distinciones —imponerse al deber circunstancial de solidarizarse con los bolshevistas, mienten al decirse enemigos del capitalismo, y mienten aún más cuando quieren pasar por revolucionarios.

Si fuese la crítica insulsa de unos cortos de inteligencia... ¡pero no! son las personas más caracterizadas del socialismo, del anarquismo y del sindicalismo, las que se han dado a hacer crítica antajadiza de la obra bolshevista.

Impotentes; envidiosos atiborrados y faltos de hombría, lo único que saben desempeñar esos pseudos enemigos del capitalismo es la tarea fácil del crítico. Auque los bolshevistas les hubiesen consultado, o pedido consejo, no los habría eximido de la crítica.

Los obreros que en su mayoría no intuyeron desde el principio la trascendencia revolucionaria de los bolshevistas, instintivamente sienten que algo los vincula a ellos. Es por instinto, pues, que los obreros han deducido lo asqueroso de la crítica despechada, prematura y malevolente de todos los opositores del bolshevismo. Sin embargo, han sido necesarios seis meses continuos de propaganda aterradora — de la cual resultaría que todos se habían muerto en Rusia — para sacudir la indiferencia obrera. Ya no se habla más de hambre. Prueba que ha sido mentira.

Aun concedido eso de la escasez de víveres en Rusia, ¿cuál es el país de Europa donde abundan? ¿Acaso la sequía se ha encarnizado solamente en Rusia?

Es lógico el esfuerzo que gobiernos y prensa capitalista — la crisis traída por la guerra es mundial — hacen para impedir que en las masas populares tome carne la convicción sobre la responsabilidad que les incumbe, como responsables directos de los actuales trastornos económicos e industriales. Esfuerzo inútil. Caos, incertidumbre, desocupación, descontento, etc., nos parecen presagios de tormenta cercana. Mientras todos esos fenómenos forman la terrible pesadilla del mundo capitalista, Rusia llega victoriosa al cuarto año de su obra revolucionaria.

Promulgando el Código del Trabajo — piedra angular del edificio socialista — hace comprender que la acción bolshevista es al mismo tiempo defensiva y reconstructiva. En cuanto al cuento que da por sentada la vuelta del capitalismo en Rusia, dejémoslo para los idiotas que maman en las tetas de la prensa burguesa.

Para el triunfo de la Revolución social en el mundo. ¡viva Rusia sovietista! ¡Viva la dictadura del proletariado!

---

sobre otro, cruzados, confundidos, formando un solo cuerpo, como si un clavo invisible los uniese por la cintura, soldándolos con sangre.

No había errado el tiro. El golpe de la vieja escopeta había sido doble.

Y cuando Sento y Pepeta, con aterrada curiosidad, alumbraron los cadáveres para verles las caras, retrocedieron con exclamaciones de asombro.

Eran el tío Batiste, el alcalde, y su alguacil el Sigró.

La huerta quedaba sin autoridad, pero tranquila.

Vicente BLASCO IBAÑEZ.

Nuestra Biblioteca

Recordamos a los camaradas la existencia y funcionamiento de nuestra Biblioteca, abierta todas las noches, a fin de facilitarles el retiro o la lectura en la sala de las obras o periódicos que les interese, enteramente gratuitos.

¿Internacionalistas?

En los dominios del pacifista Harding los tribunales han condenado a dos modestos revolucionarios a la pena capital.

Tal resolución se funda en que los acusados Sacco y Vanzzetti (según el pronunciamiento judicial) han asaltado un establecimiento en el distrito de Masachusets, dando muerte al capataz del mismo para poder efectuar una substracción.

El hecho no ha podido esclarecerse completamente a pesar de que los jueces que intervienen en la causa, que son los mismos que entendieron en el proceso a los compañeros Ettore y Giovannitti años ha, han recurrido a falsos testimonios para reforzar la acusación.

Se trata de un complot fraguado por los millonarios de Norte América, en connivencia con las autoridades, para eliminar a dos buenos militantes obreros.

Sacco y Vanzzetti son dos activos propagandistas de los I. W. W., y el delito por ellos cometido no es otro que el de haber defendido tesoneramente la causa de los trabajadores.

La monstruosa condena recaída sobre estos compañeros ha dado margen para que el proletariado organizado de la mayor parte de los países europeos y americanos manifestara su franco repudio por las prácticas inquisitoriales de las autoridades norteamericanas.

Las organizaciones obreras de esta región, salvo raras y honrosas excepciones, no han prestado al asunto mayor importancia. En nuestro medio obrero la noticia de la condena a muerte de los militantes Sacco y Vanzzetti, ha producido la misma impresión que los vulgares hechos que registran diariamente las crónicas policiales de los diarios grandes.

No obstante se continúa discutiendo acaloradamente la cuestión internacional, haciendo gala de un internacionalismo que en el orden práctico de la vida sindical brilla por su ausencia.

Los hechos deben estar en concordancia con las palabras, y si no hemos sido capaces de realizar siquiera una manifestación para protestar por la injusta condena impuesta a los compañeros Sacco y Vanzzetti, demostramos prácticamente que nuestro internacionalismo no es más que un simple recurso retórico al cual apelamos para adornar nuestra propaganda revolucionaria.

Probablemente las manifestaciones de protesta realizadas por el proletariado de otros países influirá para que no se consume el brutal atentado de la burguesía yanqui contra los militante sSacco y Vanzzetti, y por nuestra parte continuaremos discutiendo la cuestión internacional, aunque permanezcamos indiferentes ante los atropellos que comete la burguesía de otros países con los militantes obreros.

Juan ABELARDO.

La legislación obrera

La Nación, ocupándose de la Tercera Conferencia Internacional del Trabajo que se verifica en Ginebra critica acerbamente la ausencia de un representante de este país en dicho acto.

Hace un análisis del programa considerado por los conferenciantes y estima que hubiera sido sumamente útil que en dicha conferencia estuviera representada la República Argentina ya que no cuenta con una legislación obrera que consulte las necesidades del momento que vivimos.

Hay oportunidades en que el observador honesto no puede menos que sonreirse ante las actitudes contradictorias del cotidiano burgués.

Ayer chillaba porque el congreso de la nación sancionó una ley de alquileres que,—al menos en la letra—limitaba el egoísmo desmedido de los propietarios. Para justificar tal actitud aducía que dicha legislación atentaba contra el derecho de propiedad.

Hoy la emprende contra el gobierno por no haber designado representantes a la Tercera Conferencia Internacional del Trabajo, pretextando que la legislación obrera de nuestro país es harto deficiente.

El conservadorismo de *La Nación* no acepta legislaciones aparentemente benignas para los trabajadores, y, por otra parte, so pretexto de que es necesaria una legislación obrera, no tolera tampoco la inasistencia de un representante del país a una conferencia internacional denominada impropiamente del trabajo.

¿Qué es, pues, lo que desea *La Nación*?

Procuraremos adivinarlo. Es demasiado sabido que las leyes que aparentemente favorecen a los trabajadores no se cumplen, porque siempre ofrecen algún punto vulnerable que permite a los capitalistas burlarlas, y cuando se practican, es porque la organización sindical impone su cumplimiento por la fuerza.

Para comprobar nuestro aserto, en lo que respecta a la virtualidad que encierran estas leyes "protectoras", nos basta citar la que nos ha brindado últimamente el partido gobernante, por mezquinas conveniencias políticas.

La ley de alquileres, sancionada recientemente, ofrece al propietario la posibilidad de burlar su cumplimiento al concederle derecho para exigir del inquilino la desocupación de la propiedad cuando tenga que ampliarla o refaccionarla.

De más está decir que los propietarios han adoptado este procedimiento para eludir el cumplimiento de la ley.

Esto no lo ignora el articulista de *La Nación*, como no ignorará tampoco que con todas las leyes "protectoras" de los trabajadores ocurre lo propio que con la ley de alquileres.

Suponiendo que el propósito que persigue el diario a que hacemos referencia fuera aplacar o atenuar un tanto las manifestaciones violentas que ofrece la lucha entre poseedores y desposeídos, mediante una legislación obrera esto prácticamente es imposible.

Un ejemplo concluyente a este respecto lo ofrece Inglaterra que, a pesar de contar con una legislación bastante liberal, se ve convulsionada intermitentemente por movimientos proletarios colosales que repercuten en el mundo de la economía.

Las causas que determinan estos movimientos en Inglaterra son inherentes a todos los Estados capitalistas, por lo cual han de producirse con o sin legislación obrera los choques entre explotados y explotadores.

Pero hemos sido demasiado ingenuos al hacer suposiciones en las cuales no ha pensado ni siquiera remotamente el articulista de *La Nación*.

X. X.

¿Reducción de los armamentos?

Así reza la reclame que desde cuatro meses se viene haciendo alrededor del llamado de Harding, sucesor del pobre Wilson, allá en la república del dólar.

Todo está preparado y arreglado de antemano para la farsa que va a ser representada en Wáshington.

El renombre de los actores es una garantía segura para el fracaso del propósito maquiavélico de Harding.

Ya que no todo el mundo puede gozar de visu el espectáculo, toca al cinematógrafo darnos la ilusión de la farsa y de los farsantes, cada cual en su traje característico de carnicero aún sucio de sangre humana.

Ironía aparte: son demasiado evidentes los antagonismos y las suspicacias entre las cuatro más poderosas naciones capitalistas para suponer la posibilidad de avenirse a una reducción de los armamentos, por otro lado muy difícil de contralorear. Además, el carácter mismo provechoso de la industria bélica hace difácil todo acuerdo sobre el particular.

¿Qué sería del capitalismo si de bandido se convirtiera en inofensivo?

Podríamos citar las declaraciones explícitas reiteradamente hechas por Briand para descontar el fracaso de la reunión promovida por el hipócrita Harding.

¿Para qué? Aún está sangrando el mundo y por culpa de quienes quieren hacernos creer que están animados de propósitos conciliatorios: ¡que les parta un rayo a todos!

La única fuerza que podría acabar con la industria homicida está en manos de los mismos artífices. En fin; sólo los obreros pueden, cuando lo quieran, convertir los instrumentos de muerte en instrumentos de vida. Otros, no.

Dos cuadros distintos

LO QUE NOS DA LA DESORGANIZACION Y LO QUE OBTENEMOS CON EL SINDICATO

(LA ESCENA: EL TALLER) DESORGANIZADO

A la hora de entrada

Obrero.—Buenos días, señor...

Otro.—Buenos días, don...

Otros.—(Se descubren y hacen reverencias con una inclinación de cabeza.)

Patrón.—(No contesta.)

En las horas de trabajo

(El patrón pasea por el taller e investiga con su vista los movimientos de los obreros. Le parece que uno de ellos no trabaja de acuerdo a su capricho, y se dirige hacia él.)

Patrón.—¡Vamos a ver ca... hijuna gran p... qué está haciendo, ¡eh!...

Obrero.—¿...?

Patrón.—¡Qué hace, pedazo de bruto?...

Obrero.—(Agacha la cabeza y muérdese las uñas.)

El trabajo apurado.

Patrón.—¡Vea, este trabajo acaban de pedírmelo por teléfono. (Grupo.) Así, que lo quiero en seguida.

Obrero.—¡...!

Obrero.—(Intenta contestar la difícil pregunta y lo interrumpe él.)

Patrón.—¡Bueno, bueno! Hay que terminarlo rápido. ¡Hay que moverse!

Obrero.—(Este ya no "camina"; "corre".)

Trabajar horas extras.

Patrón.—(En tono militar) Esta noche hay que trabajar dos horas más, porque el trabajo está apurado.

Obrero.—(Piensa y recuerda que debe ir a la academia o a visitar la novia; pero...)

Patrón.—Al que no se quede, se le quita la chapa. ¡Ya lo sabe!

Obrero.—¡...!

Postergando el pago.

(Llega el día de la quincena y el patrón, por el prurito de evidenciar su poder de amo, o bien para satisfacer un capricho de los tantos que suele tener, manda al dependiente colocar un cartelito, donde dice: "hoy no se paga".)

Obreros.—¡Cómo abusa!...

Otro.—¡Miserable...

(El escritorio permanece cerrado. De la calle llega el ruído del auto donde el patrón aca-

ha de subir. Los obreros salen cabizbajos y con las manos en sus bolsillos... vacíos.)

Uno.—¡Maldito seas!

Otro.—¡Qué injusticia!

ORGANIZADO

(Los obreros entran altivos con el periódico sindical en la mano. El patrón casi nunca presencia la entrada de éstos; pues no desea contemplar la marcha triunfal que éstos llevan en su andar de trabajadores conscientes de su deber y de su fuerza.)

En las horas de trabajo

Patrón.—Dígame: ¿por qué lo hace así ese trabajo?

Obrero.—(Sereno y la frente en alto.) De otra manera no se puede hacer; ya he hecho la prueba.

Patrón.—(Mutis por foro.)

El trabajo apurado.

Patrón.—Vea, este trabajo está apurado; ¿para cuándo podrá estar listo?

Obrero.—Con exactitud no podría decirlo.

Patrón.—Hace ya una semana que se ha terminado el plazo, y recién acaban de pedírmelo.

Obrero.—(Escucha.)

Patrón.—¿Qué podríamos hacer para terminarlo lo más rápido posible?...

Obrero.—Poner más obreros...

Patrón.—Es que a ninguno puedo sacar del trabajo que hace, porque igualmente todos están apurados.

Obrero.—Entonces, lo mejor es tomar más obreros; comuníquelo al delegado para que avise al sindicato y los mande.

Patrón.—(Mutis por el foro.)

Trabajar horas extras

Patrón.—¿No podría quedarse a trabajar esta noche algunas horas extra? Porque tengo el trabajo apurado.

Obrero.—No puedo. El sindicato no lo permite si no es ello bien justificado.

Patrón.—(Mutis por el foro.)

Postergando el pago

(Llega el día de la quincena y, sin demorarse un solo minuto, el patrón paga "democráticamente" los haberes a los obreros.)

TELON

Carlos PETER.

Mientras la riqueza crece los nacimientos decrecen

Habitamos el país de los contrastes más chocantes. Con una superficie de casi tres millones de kilómetros cuadrados, la población, según el censo del año pasado—considerada como si estuviera regularmente distribuída—no alcanza a tres personas por kilómetro cuadrado.

Cierto: no todo el territorio argentino es susceptible de ser intensamente poblado. Pero tiene inmensas zonas climatéricamente privilegiadas y fértiles, las cuales deberían estar ya pobladas con varias decenas de millones de seres humanos.

En cambio, unas continúan desiertas y en otras vemos la ganadería usurpar el sitio del hombre.

Desde unas tres décadas los censos oficiales nos han acostumbrado a esa cifra de población oscilante entre ocho y nueve millones de almas. Pero el censo anual correspondiente al 1920, en lugar de reafirmar los guarismos consuetudinarios, ruda y brutalmente, confiesa que ha habido un menor número de nacimientos en toda la república. Buenos Aires, superfluo es decirlo, marca la pauta como capital *moral* al descenso de la natalidad.

La prensa rica, no pudiendo silenciar el hecho, lo ha reducido a un mero asunto de crónica. Claro: ella tiene el sacrosanto deber de velar por la plácida digestión burguesa, no haciendo apreciaciones poco agradables a la sensibilidad patriótica criolla.

Esto no excluye, al mismo tiempo, la valentía de fustigar eso que *La Nación* califica de "tendencia egoísta... enemiga de la sociedad". —Debía haber dicho: enemiga de los intereses creados.

Reconocer que aquí "se huye de los hijos, tanto en las uniones "legítimas" como en las "ilegítimas", sea por el gasto que originan, la responsabilidad que comportan, o las obligaciones que acarrean", no basta. Conviene afrontar el problema, ahondar la causa y apuntar valientemente a los culpables verdaderos que traban el desarrollo normal de la población argentina. Y esto no puede hacerlo la prensa rica porque es parte, porque es cómplice del régimen negativo de la progresión moral y material de la población argentina.

En cambio los escribas de *La Nación* no han tenido reparos en culpar a todos y a nadie del descenso en los nacimientos.

¿Quiénes podrán sentirse ofendidos? Nadie. En cuanto a los buenos consejos dados, ellos mismos saben su ineficacia.

Enemigos de hacer pronósticos gratuitos, sin embargo reconocemos que de la actual organización social fluye, a nuestra manera de ver, una visión pesimista respecto al futuro de la población del país.

Aquí más que en parte ninguna todo conspira contra el estímulo al crecimiento de la especie humana.

El territorio, en posesión de unas cuantas familias; los poderes públicos dispensando favores y prebendas; la república, convertida en vivero de politicantes; el acridio militarista-clerical, la prostitución, en fin, todo y cada cual de por sí contribuyen a dañar el grueso de la población argentina formado de las entidades más útiles y eficientes.

Para bien de la clase obrera, quisiéramos que se fuese practicado lo que se ha dado en llamar huelga de vientre: equivalente del malthusianismo.

Es hora de compenetrarse de que es un crimen el traer hijos al mundo, cuando ni siquiera se tiene la seguridad pirmordial de poder alimentarlos sanamente. ¿Cuándo comprenderán los obreros que la miseria aliada con la miseria, generando bestialmente miseria, constituye parte del agravante de nuestra miseria?

Tengamos siempre presente que una numerosa familia, a la larga, debilita el espíritu combativo, aun el de aquellos que entre los obreros organizados hánse destacado en las luchas contra nuestros explotadores.

Caramba; si los ricos, por el afán de ininterrumpidos placeres, evitan tener muchos hijos; si la clase media no procrea más de lo que le permiten sus recursos económicos, con más razón los obreros deben abstenerse de procrear demasiado. Ya pasó el tiempo en que se creía cándidamente que los hijos eran hechura de Dios.

Empecemos de una buena vez por hacer algo a favor de nuestra propia conservación física y orgánica.

Hagamos que del diccionario se borre el vocablo "proletario", y no olvidemos que al dar menos hijos a la patria burguesa, indirectamente nos aseguramos el éxito de la revolución emancipadora.

X.

Genealogía de explotados

Descifradores de jeroglíficos, bajad a la mina. Traducid y veréis cómo desde hace siglos están bajando al fondo asesino de la cantera negra los descendientes de Hulliez, los obreros, los que extraen la hulla sin descanso, mientras el amo los contempla sin lástima. Hojead ese libro y encontraréis en él un árbol genealógico más curioso que el de los príncipes y reyes, genealogía de esclavos arrojados de padres a hijos por la boca tragona de la mina, para dejar en ella sus energías de hombres, sus virtudes de macho y su jugò de trabajadores.

JOAQUÍN DICENTA.

Comité Pro Unidad

A LOS TRABAJADORES EN GENERAL

A medida que más arrecia la empeñosa propaganda de los enemigos de la unidad obrera, propaganda digna tan sólo del más enérgico repudio, por cuanto no es posible justificarla con argumentos sensatos y firmes, el Comité Pro Unidad Obrera se afirma cada vez más en su obra fusionista, alentado en todo momento por la inmensa mayoría de las organizaciones del país.

En efecto; al seno del Comité llegan constantemente notas e informes que reflejan con terminante precisión el pensamiento que agita a las diversas entidades con respecto al problema de la unificación del proletariado regional en un solo y potente organismo.

Es que la clase trabajadora en su casi totalidad ha comprendido hoy más que nunca la situación equívoca y estéril que entraña el tener fraccionadas sus propias fuerzas.

Ha comprendido que la situación constituye un lento suicidio de sus poderosas energías, máxime en estos momentos en que la lucha de clases asume proyecciones gigantescas y un carácter marcadamente universal.

Como hemos dicho al empezar, el Comité Pro Unidad obrera continúa confiado en su marcha, haciendo caso omiso del estruendoso como soez vocabulario que cultivan los que niegan la unidad cuando se refieren especialmente a este Comité.

Al emplear semejante instrumento como arma de combate, desleal por cierto, nos sugiere la indestructible impresión de su impotencia, de su temor ante la posibilidad de que la unificación del proletariado deje de ser una fantasía para traducirse en una realidad.

Además, creemos oportuno agregar lo siguiente: Los que descienden al terreno del sofisma, del verbalismo, gratuitamente preñado de intencionada maledicencia, no hacen más que evidenciar con inocultable relieve el ausentismo absoluto de sólidas razones con que justificar el móvil de su campaña antifusionista.

El Comité Pro Unidad Obrera conceptúa que su misión no debe desnaturalizarse en gastar estúpidamente sus actividades colocándose a la recíproca de los más acérrimos adversarios de la unidad obrera.

Por el contrario, considera que con esta actitud se coloca en un plano superior eminentemente ceñido a la labor conferida por la voluntad consciente de un gran número de fuertes organizaciones que, despojándose de viejas rencillas domésticas, de odios y rivalidades, alientan el generoso impulso de fraternizar con sus hermanos de clase a fin de hacer más fecunda y tenaz la lucha contra la burguesía.

En los pasos preliminares de este asunto, apareció que por fin sería felizmente resuelto. Sin embargo, cuando llegó el momento de prueba y era preciso materializar por los hechos la sinceridad del pensamiento expresado por todos los trabajadores del país, surgieron los paladines de la revolución verbal. Primero asumieron una apostura nebulosa cultivando la hábil política de las dilaciones, y después manifestándose de cuerpo entero, es decir, negando a toda máquina la necesidad y eficacia de la fusión de las fuerzas obreras. Y así estamos, camaradas.

Frente a esta situación, difícil sin duda, el Comité reafirma su inquebrantable voluntad de no cejar en la emprendida tarea, hasta tanto no sean las organizaciones auténticas las que pronuncien la última palabra sobre tan importante cuestión. Los sindicatos siguientes han manifestado estar conformes con el propósito unificador:

Sindicato de Obreros Sastres, Costureras y Anexos (Balcarce), Sindicato Ferroviario de Tráfico, Sección Tablada; Sindicato de Obreros Estibadores Unidos (Rojas); Sindicato de Cigarreros y Cigarreras Unidos (Paraná); Sociedad de Estibadores y Carreros Unidos (San Marcos Sud); Sociedad de Resistencia Obreros Marmoleros (Capital); Unión Carpinteros, Herreros y Anexos (Gualeguaychú); Sindicato Zingueros y Anexos (Capital); Federación Obrera de Oficios Varios (Las Palmas, Chaco); Sindicato Obrero de Oficios Varios (Villa Mercedes, San Luis); Sindicato Obrero de Oficios Varios (Realicó); Sindicato de Peones y conductores de Carros (Gral. Alvear, E. Ríos); Sociedad de Electricistas y Anexos (V. María, Córdoba); Unión Obreros Profesionales (Rivera); Sindicato de Tráfico, Sección B. Aires.

El maquinista

En pie sobre el suelo acerado de la locomotora, repartiendo con mano segura y experta vida y calor y movimiento a aquel organismo de hierro y de cobre; apoyado en la manivela; atento a las oscilaciones del manómetro y a las exigencias del regulador; combinándolo todo, midiéndolo todo, previéndolo todo, está el maquinista del tren en marcha con los ojos puestos en el camino y la conciencia en el cumplimiento de su deber.

Aquel hombre, vestido con una blusa azul pantalones del mismo color: robusto de cuerpo, con el rostro ennegrecido por el humo, las manos sucias por el carbón y la piel curtida por la lluvia y el aire; aquel personaje, en cuya existencia reparan apenas los viajeros, es el dueño del tren que resbala apresuradamente sobre los rieles; a su voluntad y a su pericia están encomendados los intereses varios que se agitan y se amontonan en el interior de los vagones, la vida de los hombres, la conservación de los equipajes, la seguridad de las mercancías; un movimiento torpe, una maniobra mal hecha, el menor descuído, la más pequeña falta puede convertir la mole obediente y bien equilibrada, el medio de comunicación y de progreso, el implacable vencedor de las distancias y de las fronteras, en masa ciega y destructora, en instrumento de muerte y de tortura, en vehículo de desastre y en pregonero de desgracias.

Porque tal sabe, porque no se esconde la responsabilidad que de su oficio emana, camina el maquinista por la vía adelante, inaccesible al sueño, a la distracción, al cansancio; azotado por la lluvia cuando las nubes se desatan en agua; sacudido por el huracán cuando el trueno ruge en los aires y el rayo construye ángulos de fuego en el horizonte; tostándose de un lado y helándose de otro durante el invierno, para achicharrarse por todas partes a la vez en el verano; recibiendo el beso frío de la escarcha, el hálito entumecedor de la nieve, la caricia asfixiadora del sol y el hosco manotazo del vendaval; firme en su sitio, penetrando con pupila escudriñadora las tinieblas en las noches obscuras, vigilando las curvas que describe la línea, fijándose en el menor detalle, porque en hacerlo estriba su deber, porque es a un tiempo mismo capitán y piloto de aquel buque que navega en tierra firme sobre dos carriles de acero.

Esfuerzo gigantesco el de ese hombre, en quien nadie o casi nadie repara, y a quien yo he visto ganar leguas y leguas envuelto por torbellinos de humo, por nieblas de vapor, respirando una atmósfera de hulla, siniestramente iluminado por el resplandor rojizo que brota de la hornilla entreabierta, y avaro de recorrer el trayecto, a cuyo término le aguardan una vivienda humilde, un lecho blando y unos brazos de mujer que se abren, cuando él llega a su encuentro, de par en par.

Así va y viene un día y otro con la misma máquina, con iguales trabajos y con responsabilidades idénticas; el esfuerzo diario nada representa para él, nada representa tampoco para los otros; él está acostumbrado a realizarlo, los otros a vérselo realizar, y él y su tarea entran en la serie no interrumpida de faenas y de seres extraordinarios, transformados por la costumbre en insignificantes y vulgares.

Pero entre tantos días, llega uno en que, mientras la máquina arrastra por los rieles vagones y vagones, el maquinista observa que en dirección contraria, por la estrecha vía que se extiende delante de sus ojos, avanza—si el suceso ocurre de noche—un farol encarnado, a cuya espalda se dibuja una masa confusa y negra; si el suceso ocurre de día, esa masa confusa y negra, es coronada por una nube de vapor. Es otro tren, otra fuerza igual a la que él encamina y dirige, que se le viene encima con ímpetu salvaje y avasalladora potencia.

¿De dónde procede aquel enemigo? ¿Por qué se atraviesa en la marcha de su tren? ¿Quién lo dirige en contra suya? ¿Fué un error de salida? ¿Un aviso mal dado? ¿Una orden mal impartida? ¿Un telegrama mal entendido?... El maquinista no lo sabe; no tiene tiempo de averiguarlo tampoco. El no ve más que el peligro inminente, dos moles de hierro, de madera y cobre que avanzan la una sobre la otra con fatal empuje, dispuestas a chocar, a destruirse, a producir desesperación y muerte donde todo era pocos momentos antes vida y regocijo.

La catástrofe con sus terribles consecuencias aparece delante del maquinista; y aparece inevitable, porque los trenes están muy cerca, porque no hay medio humano de detenerlos.

El maquinista puede salvarse; bástale saltar de la máquina; él está acostumbrado a tales saltos y puede librar su vida a cambio de algunas contusiones; pero, ¿y los viajeros? ¿y el tren confiado a su pericia? ¿y el deber, que se le presenta en el espacio con gesto de mando y ademán imperioso?

No, él no puede huir, no puede abandonar la máquina; debe luchas hasta el último trance, con riesgo seguro de su existencia, y no duda, no vacila; el hombre se convierte en héroe, aprieta la manivela con mano firme, hace prorrumpir al pito en gritos de alarma, da contravapor y sigue avanzando, avanzando siempre, mientras el tren contrario avanza también; practicando la misma maniobra y prorrumpienlo en iguales estridentes clamores.

Todo es inútil, las dos locomotoras están a cuatro metros de distancia. Se hace un último esfuerzo... inútil también... Las máquinas chocan con un ruído estruendoso de hierros que se parten, de ejes que se rompen, de calderas que estallan; los vagones, sorprendidos por aquel encuentro brutal, montan los unos sobre los otros para caer luego de golpes deshechos, abiertos, a un lado y a otro le los carriles; escúchanse por todas partes gritos de angustia, voces de socorro, lamentos, estertores de muerte, imprecaciones de rabia...

La catástrofe se ha realizado, el desastre es un hecho. ¿Y el maquinista? Allá en la cuneta de la vía, pálido ensangrentado, con los miembros rotos, con la cabeza aplastada, el pecho chorreando sangre, esclavo de su deber, muerto junto a su máquina, que agoniza con las ruedas en alto, la chimenea cegada y la caldera rota, arrojando torren-

EL PETROLEO

Por FRANCIS DELAISI

(*Continuación, ver núms.* 106, 107 *y* 108.)

CAPÍTULO III

LA REPLICA NORTEAMERICANA

I.—Primeras consecuencias

Norte América dormía, durante ese tiempo, en una engañosa seguridad. ¿Cómo habría podido inquietarse? ¿No le revelaban las estadísticas, acaso, que ella producía el 70 por ciento del petróleo que se extraía en el mundo? ¿No había, además, suministrado durante el curso de la guerra el 80 por ciento de sus necesidades a los Aliados? Su producción estaba en tren de constante progreso; y el público, convencido de que sus yacimientos eran inagotables, parecía creer que el petróleo brotaba del suelo "como las peras en los perales".

Algunos meses después del armisticio, sin embargo, los especialistas advirtieron que los *stocks* acumulados en los depósitos de los *trusts* disminuían rápidamente. El pululamiento de los autos Ford acarreaba un consumo formidable. Por virtud de la extravagancia que siguió a la guerra, en los Estados Unidos como en todas partes, no hubo ya obrero calificado que no quisiera trasladarse a la fábrica en su propio auto; los colonos, enriquecidos por los altos precios del trigo, hacían lo mismo.

La agricultura, a falta de brazos, reclamaba tractores, que les proporcionaban por millares las fábricas de guerra transformadas. Las notas-pedidos demuestran que habrá en los Estados Unidos 8.000.000 de autos a fines de 1920. Y éstos son unos terribles consumidores de nafta. Se ha calculado que, desde ya, autos, camiones y tractores absorben el 85 por ciento de la producción nacional. Queda solamente un 15 por ciento, pues, para la industria, la navegación y la exportación, lo cual es de todo punto insuficiente. Y no es admisible, en verdad, que los navíos del país que más petróleo produce en el mundo estén a merced de los *trusts* extranjeros.

De ahí que, respondiendo a una voz de orden dada por la *Standard Oil,* los investigadores norteamericanos se hayan puesto a la tarea de recorrer el mundo en busca de nuevos yacimientos. Pero chocaron de inmediato, poco más o menos en todas partes, con un obstáculo imprevisto.

En el mes de octubre de 1919, uno de esos agentes, habiendo leído sin duda en la Biblia que existían depósitos de asfalto en las márgenes del mar Muerto, llegó a Jerusalén. El general inglés que gobernaba la plaza, lo hizo arrestar. El presidente Wilson transmitió de inmediato su protesta a Londres: invocando los catorce puntos, estimaba que el régimen de la "igualdad de tratamiento" debe practicarse, al menos en los países que, como la Palestina, están bajo el contralor de la Liga de las naciones. Pero el "Foreing Office" (Ministerio de Relaciones Exteriores) le replicó que hasta había prohibido realizar investigaciones petrolíferas en dicha región aun a los mismos agentes ingleses. No hay, pues, diferencia de tratamiento que redunde en detrimento de los norteamericanos; es solamente el régimen de la "puerta cerrada" substituído al de la "puerta abierta".

Con respecto a las protestas wilsonianas referentes a los petróleos de la Mesopotamia se dió igual respuesta.

En la América Central descubrióse, asimismo, que las acciones de ciertas sociedades a las cuales se creía norteamericanas habían sido "sindicadas" por bancos ingleses que habían tomado el "contralor" de las mismas y cerraban sus concesiones a los buscadores norteamericanos. En menos de seis meses, los agentes de la *Standard Oil* chocaron en todas las regiones con procedimientos de esa índole. Entonces comenzó a abrirse camino la idea de un plan concertado para cerrar a los Estados Unidos los campos que no habían sido explotados aún.

El 10 de marzo de 1920, el senador Gore, de Oklahoma (estado petrolífero), señalaba ese hecho, y la asamblea votaba una resolución pidiendo al gobierno federal un informe urgente "sobre las medidas adoptadas por los gobiernos extranjeros para excluir a los norteamericanos de los campos petrolíferos."

II.—El desafío de sir Mackay

Algunos días después, y mucho antes de que las oficinas de Wáshington hubieran compulsado sus expedientes, llegaba, de Londres, la respuesta, precisa, brutal y soberbia de impertinencia y de ironía.

En el *Times*, diario de lord Northcliff, sir E. Mackay Edgar expuso inopinadamente los resultados del lento trabajo subterráneo de sir Marcus Samuel, lord Curzon, sir John Cadman y otros hombres de Estado del petróleo.

"*Puedo decir*—escribía—*que las dos terceras partes de los yacimientos explotados en la América Central y la América del Sud están en manos de ingleses.*

"En Guatemala, Honduras, Nicaragua, Costa Rica, Panamá, Colombia, Venezuela y el Ecuador, la inmensa mayoría de las concesiones se hallan en manos de personas británicas y serán también valorizadas por nuestros capitales.

"El grupo Alves—cuyas propiedades de hecho circundan las dos terceras partes del mar Caribe—es totalmente inglés, y se rige por contratos que aseguran a los intereses británicos la perpetuidad de su contralor. Ningún ciudadano, ningún grupo norteamericano ha adquirido ni podrá jamás adquirir en la América Central una situación análoga a la que le han asegurado a M. Alves sus empresas y su personalidad.

Y si se considera a la más grande de las empresas petrolíferas, el grupo Shell, *se constata que posee en propiedad o contralorea empresas en todos los campos petrolíferos del mundo, comprendidos los Estados Unidos, Rusia, Méjico, las Indias neerlandesas, Rumania, Egipto, Venezuela, Trinidad, la India, Ceylán, los Estados Malayos, el norte y sud de China, los Estrechos y las Islas Filipinas."*

Luego de exponer las ramificaciones e intereses de esa empresa universal, sir E. Mackay, despidadamente, agregaba:

"Será indudablemente necesario esperar algunos años antes de que los beneficios de esa situación puedan cosecharse; pero está fuera de duda que la cosecha será magnífica.

"No transcurrirá mucho tiempo sin que Norte América esté obligada a comprar petróleo a las sociedades inglesas; y deberá hacerlo a fuerza de millones de libras esterlinas por año, pagando en dólares—en cantidades crecientes—aquel combustible, del cual no puede prescindir y que no será ya capaz de obtener de sus propias reservas.

"Estimo que si el consumo—particularmente el de productos de calidad superior—continúa desarrollándose con la misma rapidez actual, dentro de diez años los norteamericanos veránse forzados a importar 500 millones de barriles, los que, al muy bajo precio de dos dólares el barril, implica un desembolso anual de mil millones de dólares, cuya mayor parte irá a parar a los bolsillos ingleses."

Por lo demás, previendo un contraataque de los norteamericanos, sir E. Mackay les lanza este desafío:

"Con excepción de Méjico y de una pequeña parte de la América Central, el mundo entero está sólidamente atrincherado contra un ataque de los norteamericanos llevado por medios de fuerza. Podrán intentar, aquí o allá, algunas escaramuzas, pero nunca ataques en masa. La posición inglesa es intomable."

Y terminaba con esta irónica conclusión:

"No es esto una revelación. Los especialistas de los Estados Unidos se hallan al corriente de esta situación desde hace más de un año. Pero ni el Congreso, ni la opinión la tuvieron en cuenta. El gran público, vagamente convencido de que Norte América es un inmenso depósito de petróleo, y no habiendo visto, por otra parte, que sus motores carecieran de esencia, consideraba como cosa cierta que el petróleo es un producto que brota naturalmente, tal cual las peras en los perales. ¡Desgraciadamente para él—y afortunadamente para nosotros—, sus ojos se han abierto demasiado tarde!"

III.—El senado crea reservas petrolíferas

Dicho artículo, analizado o reproducido en la gran prensa (*Public Ledger,* abril 9, *Brooklyn Eagle,* del 26) provocó en la opinión en general—y en los medios políticos en particular—, considerable emoción. Bruscamente desgarróse un velo, y detrás del abigarrado telón de los *trusts* anglo-holandeses, de pronto descubrían los norteamericanos las largas y corvas manos que, en todo el mundo y hasta en su propio país, llegaban a escamotearles los barriles de petróleo.

Los yanquis son buenos jugadores; ni una sola palabra de recriminación contra la pérfida Albión estalló. Muy por el contrario: el 28 de abril, durante el curso de la discusión del presupuesto de la marina, el senador Phelan, de California, luego de haber denunciado el "camouflage" del gobierno británico, al operar bajo la capa de un *trust* holandés, añadía: *"No critico al gobierno británico. Admiro, por el contrario, la previsión de los hombres que, hallándose a la cabeza del Estado, realizan esfuerzos a fin de que sus flotas de guerra y comercio estén siempre provistas de un combustible esencial. Pero si Gran Bretaña, por una u otra razón, entra en lucha con el nombre de la* Royal Dutch-Shell, *¿por qué no habrían de entrar también los Estados Unidos, desde que sus conciudadanos están descartados por falta de protección?".*

Por su parte, el senador Jones, presidente de la Comisión de Comercio, expresábase en el mismo tono:

"*Admiro,* decía, *la manera de proceder de la Gran Bretaña, el modo cómo ella apoya a sus ciudadanos y sostiene sus industrias, y quisiera que nosotros siguiéramos en algo su ejemplo. Apoyemos a nuestros conciudadanos tal como ella apoya a los suyos; animémoslos tal como ella los anima. Y hagamos cuanto sea necesario para nuestros intereses, tal como ella lo hace para los suyos."*

De hecho, la lección había repercutido. Mas por mucha admiración que los norteamericanos profesen a una mala pasada bien jugada, no son gentes que se dejen chasquear sin reaccionar enérgicamente.

Imponíase una medida inmediata: cerrar en lo sucesivo a los extranjeros, y particularmente a los ingleses, los terrenos petrolíferos existentes en el propio territorio de la Unión. El código norteamericano, que otorga al propietario de la superficie la propiedad del subsuelo, hace demasiado fácil el acaparamiento por extranjeros de los yacimientos mineros. Era preciso poner fin a este escándalo. Como no era posible modificar la legislación sin suscitar largos debates, hallóse un ingenioso ardid.

Por un voto del senado se autorizó—abril 28 de 1920—al secretario de Estado del departamento de Marina a constituir en "reserva"—en aquellos Estados donde quisiera—yacimientos petrolíferos, los cuales no podrían venderse ni alquilarse sin su autorización. Se invocó como razón la necesidad de asegurar el abastecimiento de petróleo para la flota de guerra; su resultado sería la posibilidad de vedar toda concesión petrolífera a sociedades cuyo origen o tendencias parecieran sospechosos al gobierno. Los Estados Unidos, a su vez, ponían en práctica la política de "puerta cerrada".

IV.—Rápido agotamiento

Mientras los políticos se animaban buscando medidas defensivas, las oficinas de Wáshington se empeñaban en definir con exactitud la situación.

Con fecha 2 de mayo el servicio de geología publicaba la siguiente nota que, bajo la apariencia matemática, era un verdadero grito de angustia:

"Las últimas cifras reunidas por el Servicio geológico del ministerio del interior demuestran que los países extranjeros consumen una mitad menos de petróleo que los Estados Unidos, en tanto que el suelo de los mismos contiene siete veces mayor cantidad que el nuestro.

"Esos países consumen en la actualidad doscientos millones de barriles por año; tomando por base este consumo, poseen reservas suficientes para 250 años. Con referencia a la producción de los Estados Unidos el contraste es sorprendente: consumen cuatrocientos millones de barriles por año y sólo tienen provisión asegurada para diez y ocho años. En otros términos: los Estados Unidos agotan sus reservas diez y ocho veces más rápidamente que el resto del mundo.

"Si se desdeña todo cuanto es posible obtener por destilación de los esquistes, o de otro modo, el total de petróleo que puede extraerse del suelo en el mundo entero puede evaluarse en sesenta mil millones de barriles. De éstos, una existencia de cuarenta y tres mil millones puede considerarse como más o menos definitivamente establecida por los sondajes que fueron realizados con éxito. El resto, representa el petróleo que se cree poder hallar en otras regiones donde se constataron rezumos, yacimientos de asfalto o condiciones geológicas favorables, sin que se hayan aun perforado pozos que en realidad produzcan petróleo.

"De este enorme total, que representa aproximadamente trece veces la cantidad de petróleo extraído del suelo norteamericano hasta el presente, y alrededor de nueve veces la producción total del mundo, solamente siete mil millones de barriles, en cifras redondas, existen en los Estados Unidos y Alaska, estando los cincuenta y tres mil millones restantes en países extranjeros.

"Este último total está repartido en cantidades sensiblemente iguales entre el Antiguo y Nuevo Mundo, disponiendo los norteamericanos de un total que está muy próximo del de los otros continentes. Empero, como en el caso del carbón, la explotación del petróleo se desarrollará con mayor rapidez al norte del Ecuador que al sud.

"Por fortuna, es de todo punto imposible investigar y extraer en un tan breve período como el de 18 años los siete mil millones de barriles que existen todavía ocultos en el suelo norteamericano. En lugar, pues, de explotar nuestras reservas con tanta rapidez, debemos: o bien extraer de más en más petróleo de los países extranjeros, o bien reducir nuestro consumo. Nuestros hijos harán probablemente lo uno y lo otro."

Se concibe que tales cálculos—por hipotéticos que ellos sean—no podían dejar de impresionar fuertemente a la opinión. En los Estados Unidos, donde todo obrero que se halla en buena situación aspira a trasladarse en su propio Ford a la fábrica; donde los colonos, por falta de brazos, se ven en la obligación de comprar camiones y tractores, ni el público, ni los constructores de motores, navíos y aeroplanos tienen deseos de restringir sus compras o su producción. La conclusión que se imponía a todos era, entonces, la siguiente: obtener concesiones en el extranjero.

V.—El informe Polk denuncia la maniobra inglesa

Ahora bien, quince días después de haberse hecho la referida comunicación oficial, enterábanse de que se había urdido algo así como un complot para cerrar a los norteamericanos—en los cinco continentes—todas las fuentes de petróleo.

Con fecha mayo 17 de 1920 el presidente Wilson transmitía al senado el informe del ministro de relaciones extranjeras, solicitado por el senador Gore el 10 de marzo:

"*La política general del gobierno británico*—*escribía el subsecretario de Estado, M. Franck A. Porlk*—*tiende, por una parte, a excluir a los extranjeros del contralor de todos los recursos petrolíferos del imperio británico, y, por otra parte, a asegurar ese mismo contralor sobre los recursos petrolíferos de los demás países."* Los medios empleados son los siguientes:

"1º Prohibición para los individuos extranjeros de poseer o explotar campos petrolíferos en las Islas Británicas, las colonias y los protectorados.

"2º Participación directa del Estado en el capital y en la dirección de las compañías de petróleo.

"3º Medidas impidiendo a las sociedades británicas vender sus bienes y propiedades a empresas que posean o contraloreen extranjeros.

"4º Decretos (órdenes de Consejo) prohibiendo transferir acciones de compañías petrolíferas inglesas a individuos o ciudadanos que no sean británicos.

Estas medidas dieron los siguientes resultados:

"Los trusts *británicos* (british monopolies) *ya han implantado su contralor en el Reino Unido, en Rusia, la India, y en muchos otros países. Por otra parte, el gobierno holandés parece estar a punto de acordar a la* Royal Dutch-Shell Co., *ahora contraloreada por el gobierno inglés, un derecho exclusivo sobre las concesiones de petróleo otorgadas en toda la extensión de las Indias neerlandesas.*

"Está establecido asimismo que el gobierno inglés tiene el contralor de la Anglo-Persian Oil Company *y carga con la mitad de los gastos que se realicen para valorizar los campos petrolíferos de la Guayana. Toda investigación petrolífera en el Reino Unido debe ser autorizada por el* Board of Trade (Ministerio de Comercio) *o el ministro de municiones. De hecho, las únicas perforaciones ejecutadas en el país lo son por la casa* Pearson and Sons, *que opera como agente del gobierno. Asegúrase, además, que a todo ciudadano británico le está prohibido, sin consentimiento del gobierno, vender o ceder a persona o sociedad extranjeras sus intereses petrolíferos en territorio del reino.*

"En Trinidad, donde existen ricos yacimientos petrolíferos, nadie puede adquirir ningún terreno petrolífero sin autorización escrita del gobernador, quien está bajo el contralor del secretario de Estado para las colonias. Este exige, por lo demás, a toda sociedad británica que no tenga un porcentaje mayor del 25 por ciento de su capital retenido por extranjeros, que la mayoría de sus directores sean ingleses, y otras diversas garantías que aseguran el predominio absoluto de los intereses británicos.

"Los norteamericanos se hallan eliminados de Persia por el hecho de que la Anglo-Persian Oil Company *tiene derechos exclusivos sobre todas las concesiones petrolíferas por un período de 30 años, a partir de 1911. Este privilegio ha sido enormemente reforzado por el acuerdo anglo-persa de 1918, acuerdo que pone bajo el contralor de la Gran Bretaña todas las administraciones civiles, militares y financieras del Estado persa."*

Luego de haber demostrado la enorme parte que se ha atribuído el león británico, el informe establece que casi todos los demás países, aun los más pequeños, cierran sus puertas a empresas extranjeras. Solamente las legislaciones mineras de Bolivia, Colombia, Costa Rica y Santo Domingo parecen no hacer ninguna distinción entre ciudadanos y extranje-

---

tes de vapor y montones de brasa, últimos latidos de su sangre que se paraliza y de su respiración que se extingue.

Allí está el maquinista, el héroe anónimo, desconocido de todos, olvidado de todos también, que muere sin dejar recuerdos en la memoria de nadie, como no sea en la de aquella mujer que le espera en su casa con el amor en el alma y los brazos abiertos de par en par.

Joaquín DICENTA.

ros. Pero no ocurre lo mismo en Guatemala, el Ecuador y Méjico.

"Según la nueva constitución de este país, todos los yacimientos mineros y petrolíferos serían propiedad de la nación. Unicamente mejicanos de nacimiento o naturalizados podrán poseer tierras, minas o pozos de petróleo. Es verdad que iguales derechos podrán acordarse a extranjeros, mas a condición de que se consideren como propietarios mejicanos y renuncien a invocar la protección de sus gobiernos. Además, en una zona de 100 kilómetros a lo largo de las fronteras y 50 a orillas del mar, ningún extranjero podrá adquirir propiedad alguna. Esta legislación, es verdad, no ha sido aún ratificada; pero si entra en vigor, afectará muy seriamente los intereses norteamericanos."

Sin duda, observa el ministro, todas estas medidas de exclusión se aplican indistintamente a todos los extranjeros, y no afectan únicamente a los norteamericanos. No tienen, pues, nada de incorrecto.

Mas como, de hecho, son casi únicamente empresas norteamericanas e inglesas las que se encuentran en condiciones de explotar petróleo, y como los ingleses, tomando la delantera, se han provisto para el porvenir, resulta que sólo los norteamericanos son quienes se ven afectados por todas esas medidas restrictivas.

De todos estos informes, un hecho se destaca claramente. Sir E. Mackay, en su artículo del *Times*, no había tratado de inducir a engaño o hacer "bluff". El informe oficial establecía, en efecto, que los Estados Unidos estaban realmente en trance de verse excluídos de casi todos los campos petrolíferos del mundo.

VI.—M. O'DONNEL RECLAMA LA PUERTA ABIERTA

Pero los norteamericanos no son gentes que se dejen "rodear" sin reaccionar.

El mismo día en que era sometido al senado el informe Polk, el senador Phelan depositaba un proyecto de ley con vistas a la constitución de una *U. S. Oil Co.* para la explotación de petróleo en el extranjero. Se constituiría sobre el modelo del *Shipping Board* (Oficina de navegación), es decir: dentro de una completa autonomía financiera y comercial y procediendo como una empresa privada, operaría únicamente bajo el contralor y por cuenta del gobierno. Su capital sería exclusivamente norteamericano; sus nueve directores los nombraría el presidente; y el gobierno federal tendría derecho a comprar, por prioridad, toda o parte de su producción.

En realidad, no sería el Estado quien proporcionaría los capitales, pues la legislación de ciertos países prohibe acordar concesiones a un Estado extranjero. Pero tendría detrás de ella—tal como su rival inglesa—todo el poder de su gobierno, con todos los medios de presión, económicos y militares, de que pueden disponer los Estados Unidos.

Fuerza es reconocer que ni el Congreso ni el presidente siguieron por esa vía al senador californiano. Por el momento, la tesis oficial del gobierno norteamericano es la siguiente: dada la escasez general de combustibles de toda especie que sufren las distintas naciones, es del interés del mundo entero que todos los recursos utilizables se exploten al máximo; importa, pues—particularmente en cuanto se refiere al petróleo—, que los gobiernos, sin distinción, supriman todas las restricciones que se opongan a la libre investigación y explotación de sus riquezas por cualquier sociedad—aun extranjera—que se halle en condiciones de sacar partido de ellas y aumentar así las posibilidades de producción industrial.

Esta tesis la expuso ante la Cámara de comercio internacional (junio 29 de 1920), con tanta cortesía como ingenio, M. Thomás A. O'Donnell, presidente del Instituto americano del petróleo.

"Ninguno aprecia más que yo —dijo al gentleman *inglés, tanto en el extranjero como en su propio país. Es un buen sportsman, y siempre se halla dispuesto a correr la suerte explorando los tesoros del universo, siendo en todas partes un factor de progreso.*

"Por esto es que experimento cierta sorpresa al ver que mis buenos amigos ingleses no están de acuerdo conmigo en reclamar que se acuerde a todos plena libertad para investigar y negociar con un producto tan útil, que se supriman todas las restricciones gubernamentales, y que los gobiernos—particularmente los democráticos—no entren en combinaciones de negocio con sus ciudadanos, o los de otros países, acordándoles privilegios. Semejante participación del Estado no se ajusta al interés de la paz universal *en el porvenir; ella no puede sino añadir la mala voluntad y las fricciones de la concurrencia comercial a los problemas de suyo tan delicados de la diplomacia internacional, la cual tiene ya bastante que hacer con los problemas que son del resorte natural de los gobiernos..."*

No podía decirse con mayor calridad que el petróleo está en camino de convertirse en un motivo de conflictos internacionales.

"En cuanto concierne a la industria norteamericana del petróleo—concluía diciendo M. O'Donnell—, *no pedimos ni deseamos ningún privilegio especial. Sólo pedimos—en interés de la producción, la cual es menester aumentar—, que se quiera tomar seriamente en cuenta por este hecho que una gran parte de la energía y del talento empleados en la producción petrolífera provienen de Norte América, que las necesidades del mundo acrecen, y que toda libertad compatible con la seguridad pública debe acordarse, así a los norteamericanos como a los demás, para intervenir en el progreso general."*

Es preciso decir, ¡ay!, que esta tesis tan liberal, si bien encontró el apoyo de los italianos, no tuvo ningún eco en las delegaciones inglesa y francesa de la Cámara de comercio internacional.

VII.—FRANKLÍN K. LANE, HABLA, ENTONCES, EN OTRO TONO

Bien que el interesante informe de M. O'Donnell le valiera a éste un gran éxito personal, él fué pura y simplemente descartado.

No cabe duda de que en Norte América se experimentó por ello cierta decepción, y he ahí por qué se comienza a levantar el tono.

Apenas terminado el Congreso de la Cámara de comercio internacional, M. Franklín K. Lane, ex ministro-secretario del Interior, volvía a plantear, brutalmente, la cuestión. Después de resumir las proyecciones y el significado del informe Polk, decía:

"Semejante política ha infundido a los norteamericanos el temor de que Inglaterra, obrando en tal forma, quisiera detener el desarrollo naval de los Estados Unidos.

"Ahora bien; tales procederes, ¿conducen a la paza o la guerra? *¿Es admisible que Inglaterra—no ya los capitalistas británicos sino el Estado o el gobierno de la Gran Bretaña, es decir, una entidad política—, se adueñe de un mercado de tal importancia y aleje o descarte de él al resto del mundo? No se advierte que si los mismos Estados, representados por sus gobiernos—no ya los ciudadanos—, se entrometen en la concurrencia económica y se transforman en casas comerciales o en firmas industriales, no podrá esperarse* que se apacigüen los conflictos, pues éstos renacerán sin cesar de la rivalidad comercial."

Este rudo lenguaje importa una advertencia, cuya gravedad no es necesario subrayar. Desde ya la lucha se halla empeñada, no obstante la obligada cortesía de las fórmulas; pero empeñada, no entre dos grupos de hombres de negocio, sino entre las dos más grandes potencias económicas y militares del mundo.

Ya no se trata solamente de la concurrencia comercial entre sociedades que buscan dividendos; se trata del predominio sobre un producto, cuya abundancia o escasez puede modificar el equilibrio, siempre instable, de las naciones. Para obtener o conservar ese producto, cada uno de los gobiernos rivales se halla dispuesto a poner en actividad todas las armas económicas y militares de que disponen. Puestas entre estas dos, las naciones de segundo rango van a verse en presencia de temibles presiones, desde que mientras una quiere forzarlas a abrir sus puertas la otra las obliga a cerrarlas. La cuestión del petróleo ha entrado, pues, en la peligrosa zona de las competencias diplomáticas; todas las naciones deberán definirse, tomar partido. El 17 de mayo, esto es el mismo día en que llegaba al senado el informe Polk, el embajador norteamericano en París transmitía a nuestro gobierno las quejas de la *Standard Oil*. A su vez, Francia veíase envuelta en el conflicto.

(*Continuará.*)

Traducción de JULIO CELTA.

Informe de Secretaría

Actividad sindical

Prosigue con perspectivas a una mayor intensificación el desarrollo de la acción del sindicato, tendiente a mantener invulnerables las condiciones impuestas a los capitalistas, como asimismo a ampliar el radio de acción de sus actividades en el sentido de hacer extensivas dichas condiciones a todos aquellos talleres que por una lamentable despreocupación por parte de los personales, no se han impuesto aún a sus respectivos explotadores.

Malgrado los obstáculos que se interponen a su avance, la organización va haciendo experimentar su influencia en los lugares de producción, donde los personales han sabido colocarse a la altura moral que les corresponde como trabajadores que han interpretado y hecho prevalecer sus derechos en la defensa de sus propios intereses de clase.

Contrariamente a lo esperado con el mayor regocijo por los explotadores, que consideraron que la circunstancia de la paralización del trabajo influiría en el ánimo de los trabajadores, produciendo el desaliento y la desmoralización en sus filas y como resultado inmediato una perspectiva favorable al sometimiento de los mismos a la omnímoda voluntad patronal, hemos de congratularnos de que haya acontecido lo contrario.

En general los propósitos de los capitalistas de aprovechar una situación especial que creyeron propicia, para desconocer los derechos de los trabajadores organizados, se han visto frustrados.

Ello obliga a reconocer una demostración evidente del grado de potencialidad alcanzado por nuestro sindicato.

Es que es un momento de prueba, durante las alternativas de la lucha sindical contra el patronato; cuando todo parece conglomerarse para abatir el ánimo, aun de los más fuertes y decididos, es cuando se ha de apreciar en toda su amplitud el poderío de una organización y el grado de capacitación de sus componentes.

Es entonces cuando se ha de avalorar el espíritu solidario de los trabajadores, cuando reconfortados con la firmeza de sus propias convicciones, no se arredran ante los accidentes transitorios interpuestos en la ruta emprendida hacia su total liberación.

En este sentido, sin pecar de jactanciosos, podemos considerar a nuestro sindicato colocado a la altura de las circunstancias, y con disposición por parte de sus militantes, de encauzar su acción salvando los obstáculos que se interpongan a su paso.

Pero hay mucho que hacer aún; es necesario proseguir la obra emprendida con firmeza y decisión; de la acción constante y tesonera de los militantes activos, de los convencidos de la justicia de la causa del trabajo, depende el triunfo de la organización proletaria frente a la ola reaccionaria del capitalismo.

En la lucha pertinaz en contra del afán de predominio de los capitalistas, es el actual uno de los momentos en que se requiere la mayor cooperación posible por parte de todos los elementos activos y dispuestos para la acción sindical.

Las tentativas patronales de desconocer los derechos de los trabajadores y no dar cumplimiento a las condiciones establecidas, se suceden con mayor frecuencia en la actualidad, siendo el mayor incentivo para que ellas se produzcan la transitoria circunstancia de un aumento en la desocupación del gremio.

Tales intentonas patronales han fracasado frente a la actitud enérgica de los respectivos personales, pero dado que los propósitos reaccionarios de nuestros explotadores se manifiestan actualmente con mayor intensidad, se hace necesario reconocer la conveniencia de aunar nuestros esfuerzos para la defensa de la integridad sindical.

Sin desfallecimientos, con firmeza y decisión estrechemos filas en torno del baluarte proletario, el Sindicato, y tengamos siempre presente la perspectiva del amplio horizonte que se presenta ante nuestra vista para dar mayor amplitud al desarrollo de la acción sindical en beneficio de nuestra justa causa.

Conflictos solucionados

TALLER GUASCH Y NARDI

Ecuador 372

Después de algunos días de huelga, sostenida con firmeza digna de encomio por el personal, estos burguesitos viéronse obligados a capitular accediendo en todas sus partes a lo dispuesto por los obreros en el sentido de que los obreros que se ocupen en la casa, deben ser solicitados a secretaría.

Dicha resolución fué tomada por el personal e impuesta a los capitalistas a fin de desbaratar las artimañas de los mismos.

Bien por este personal, que ha estado colocado a la altura que le corresponde como personal organizado.

TALLER DE TRASNOY E HIJO

Victoria 2521

Merece especial mención la actitud valiente y decidida de este personal en el conflicto que en defensa de la moralidad proletaria vióse obligado a sostener con su respectivo explotador.

Dicho personal, que debido a una censurable despreocupación se hallaba desorganizado, mereed a la acción inteligente de algunos compañeros se reorganizó, colocándose en las condiciones requeridas con la organización.

Posteriormente a la reorganización de este personal, llegó a conocimiento de la Comisión Administrativa haberse introducido en el taller un individuo cuyos antecedentes morales obligaban a no admitirlo en el sindicato.

Como una consecuencia lógica de la resolución de la Comisión Administrativa en el sentido expresado, se reunió de inmediato el personal, al que se puso en antecedentes del asunto, comunicándole que era inadmisible que un personal organizado admitiera en el taller a una persona de tan malos antecedentes, puesto que ello afectaba la dignidad del mismo personal.

En conocimiento de tales informes, se resuelve exigir al patrón el despido inmediato de dicho individuo.

De primera intención el capitalista pretendió no acceder a la exigencia del personal, pero luego, ante la actitud enérgica de los obreros, que estaban dispuestos a hacer prevalecer sus derechos no volviendo al trabajo, ni permitiendo la entrada de crumiros en tanto no fueran satisfechas sus justas aspiraciones, el capitalista no tuvo otro recurso que despedir al causante del conflicto, pues de lo contrario se hubiese visto obligado a cerrar el "boliche".

Vaya nuestro aplauso solidario a los compañeros del personal que ha sabido dejar a salvo la moralidad de la organización.

Talleres en conflicto

TALLER VICENTE RIZZA

Castelli 135

Continúa en conflicto con el sindicato este burgués empecinado en su pretensión de implantar el "trabajo libre".

Del fecundo e imaginativo caletre del onorevole uff. Rizza ha surgido una idea luminosa. A dicho efecto se dirigió a la asociación de explotadores solicitándo personal "libre" y "patriótico", en número de treinta o cuarenta nada más, entre ebanistas y carpinteros.

"¡Tan pocos! — le respondieron los secuaces de Carlés. — Tenemos a disposición de los patrones un plantel de quinientos, a elegir; todo personal selecto y especialista en el arte carneril."

"¡Eureka! — exclamó el comendatore Rizza, con la voz aflautada de un tenor en decadencia — ¡E arrivato l'ora della libera explotazione." Y de inmediato se combinó el plan para ser puesto en ejecución.

En automóviles fueron fletados del cuartel general de la "liga patriótica" unos cuantos "patriotas", los que fueron desembarcados en el "brete" de la calle Castelli.

Cuatro o cinco "liguistas" fueron diseminados por la puerta y alrededor del taller a fin de incomunicar a los krumiros; y ya lo tenemos al comendatore refocilándose de gozo ante el triunfo obtenido.

Había conseguido llenar el taller con un número considerable de hombres que se dieron de inmediato a la proficua tarea de estropear madera, lo que beneficia en un todo al personal organizado, en cuanto demuestra al burgués la "eficacia" del nuevo sistema de fabricar muebles ideado por el "técnico en ebanistería Carlés (a) "el mulato de la liga".

Tiempo al tiempo; ya veremos a este recalcitrante burgués como se verá obligado a desinfectar el taller para cuando en su oportunidad tenga que ocupar personal capaz para el trabajo y consciente de sus derechos, si no quiere cerrar la fábrica.

TALLER THOMPSON Y Cía.

Lavalle y Bulnes

Hemos de poner al tanto a los compañeros del gremio del último acontecimiento producido en el "feudo Thompson".

Este burgués, dando pruebas del altruísmo y generosidad que a juicio de los crumiros le caracteriza, no pudo substraerse al deseo de recompensar a su querido "centurión" por los servicios prestados.

A dicho efecto, resolvió obsequiar a unos con una "jubilación sin sueldo" y a los restantes les obsequió con una buena rebaja en el salario, prometiéndoles que para otra oportunidad les hará un obsequio de la misma índole en mérito al servilismo demostrado.

Demás está decir que los componentes del "glorioso" centurión no saben cómo agradecer tales muestras de obsequiosidad patronal y corre el rumor de que han ideado recolectar firmas para obsequiar al generoso y altruísta Thompson con un álbum de oro, como prueba

Carta del Brasil

Por ASTROJILDO PEREIRA

En el período de reorganización

Capitalismo e imperialismo son hermanos gemelos, y por esa razón los destinos históricos de ambos se encuentran indisolublemente ligados. De la misma forma, proletariado e internacionalismo son sinónimos. Las características nacionales de la lucha revolucionaria del proletariado, son secundarias, por cuanto las manifestaciones de esa lucha obedecen invariablemente a un ritmo internacional que es el que les imprime una característica fundamental.

La guerra mundial acrecentó y precisó esa característica fundamental, como resultado del gran desequilibrio económico, el cual, a su vez, agudizó la lucha entre el mundo del trabajo y el del capital.

Una vez firmado el armisticio que puso fin a la gran guerra, las batallas del proletariado se generalizaron por todas partes, impulsadas por el flujo y reflujo de ese ritmo internacional. Huelgas inmensas, insurrecciones y levantamientos de todo género se registraron en el decorrer de los años 1919 y 1920 en todos los países. Fué la primer explosión, impulsiva e incoercible del proletariado, llevado al auge de la desesperación por efecto de los cuatro años largos de guerra incesante, de culminante explotación y acicateado por el victorioso ejemplo de la Rusia gloriosa. Sin embargo, ese primer ímpetu revolucionario fué quebrantado, debido a su misma impetuosidad puramente impulsiva y naturalmente heterogénea y desarticulada. A este período de ataque siguió otro de retirada y en la cual las fortalezas obreras fueron desmanteladas. La burguesía, que en el primer momento se mostró desorientada, hizo pie en la situación e inició una reacción feroz, dictada principalmente por el instinto de su propia conservación. El año 1921 marca el tercer período de la lucha proletaria. En él se produce el reagrupamiento y depuración de las fuerzas dispersadas, con arreglo a bases homogéneas de solidaridad, de método y articulación orgánica. Este es el período de franca y general preparación para la batalla decisiva...

Como es natural, el proletariado del Brasil sigue ese ritmo internacional. Terminada la guerra, una gran efervescencia alimentada por tentativas anteriores de más o menos éxito, sacudió y agitó las clases obreras de todo el país. Los últimos días del año 1918 fueron señalados por el movimiento del 18 de noviembre, producido en Río de Janeiro. Los años 1919 y 1920, marcaron la curva más alta en la efervescencia, y la organización obrera nacional alcanzó una extensión y una intensidad hasta entonces desconocidas y que culminaron con las demostraciones del 1º de Mayo de 1919 y con la realización del tercer congreso, efectuado en Río en abril de 1920. Paralelamente, los movimientos huelguistas se multiplicaban en Río, San Paulo, Recife, Bahía, Río Grande del Sud etcétera, tomando algunos de ellos aspectos de una grandiosidad jamás vista en nuestros medios obreros. Tuvimos el primer período de las ofensivas impetuosas y de las derrotas inevitables. Tuvimos el segundo período—de fines de 1920 en adelante—característico por el desmantelamiento y dispersión general de nuestras fuerzas, y en el cual se produjo la extrema decadencia en el movimiento obrero.

Si yo no me equivoco, actualmente estamos atravesando el período de transición que sirve de nexo a la etapa de las impetuosidades y las derrotas, y a la de la reorganización de las huestes dispersas...

Se nota ahora entre nosotros un ascenso, si bien lento pero sintomático, en la curva del movimiento. Esta progresión se ofrece un tanto débil, debilidad propia en un convaleciente en vías de completo restablecimiento, pero que augura ese vigor propio de los órganismos que atravesaron una crisis impuesta por las necesidades de una depuración que, antes de operarse, permitía la actuación de elementos incapaces y perniciosos, empeñados en producir desgarradores desvíos más o menos sospechosos.

En carta posterior pienso ocuparme más detenidamente—dentro, claro está, de los límites concedidos a una simple correspondencia—del examen y de la exposición de la actual situación revolucionaria del proletariado brasileño, en su fase de transición del período de decadencia al nuevo período de ascensión.

Es una fase sumamente interesante, plena de sugestiones y de enseñanzas varias. Los problemas de reorganización apasionan a nuestros militantes, cuya mentalidad, conformada por una ruda y áspera experiencia, se torna cada vez más amplia y más penetrante, al mismo tiempo que más ponderada, más segura y de más nítida percepción del momento histórico mundial.

Así, obedeciendo al ritmo internacional de la revolución en marcha, dentro de poco, nuestro joven proletariado se encontrará—dentro de las debidas posibilidades proporcionales—a la altura de las necesidades requeridas por la imperativa dinámica de la historia, formando al lado de los ejércitos proletarios del mundo pronto al asalto final de las bastillas del capitalismo. Sin querer abusar de las metáforas, y para terminar por hoy, diré: nuestras espadas se están forjando en densas llamas y con acero purificado, según el lenguaje de Moscú...

Río de Janeiro, octubre de 1921.

---

de agradecimiento por tanta benevolencia como la de que acaba de dar pruebas.

Esperamos para dentro de breve plazo sorprendentes novedades en este taller.

OTROS CONFLICTOS

Como anunciamos en el número anterior, siguen en conflicto los siguientes talleres:

Gabriel Tarris, Saenz Peña 647.
Salvador Burgio, Estados Unidos 2148.
Salvador Giudice, Sarandí 949.
Caporale y Petracci, Humberto I 3330.
Zavinsky, Hnos. y Cía., Pavón 3761.
Gianastasio y Cía., Soler 3894.
F. Molinari, Agrelo 3362.
Juan Freirer, Murillo 1027.

NOTA IMPORTANTE

Se avisa a todos los asociados que se hallan en circulación, según lo resuelto por el consejo federal de la F. O. R. A., las estampillas solidarias pro ayuda al proletariado revolucionario ruso.

Dichas estampillas son del valor de $ 0.30 cada una y pueden ser retiradas en Secretaría.

Consecuentes con el concepto de solidaridad, es necesario que todos contribuyamos con nuestro óbolo en ayuda de los valientes camaradas de Rusia, en franca y abierta lucha contra el bloqueo del capitalismo coligado.

PAGO DE LAS COTIZACIONES EN SECRETARIA

La Comisión Administrativa recuerda a los asociados que el pago de las cotizaciones deberá hacerse en Secretaría, debiendo tratar de no dejarse atrasar, por cuanto ello crea dificultades a la administración del sindicato y, por consecuencia, en perjuicio de los intereses de todos.

Los compañeros que por enfermedad o falta de trabajo se vean imposibilitados para cotizar regularmente, deben dar aviso en Secretaría a fin de evitar inconvenientes ulteriores.

Los camaradas delegados deberán revisar los carnets del 1° al 10 de cada mes, e invitar a los compañeros que no estuviesen al corriente a que lo hagan a la brevedad posible, o hacerlo ellos mismos en caso de que el compañero no pudiese concurrir a Secretaría.

Espera la Comisión Administrativa que será tenida en cuenta esta advertencia.

AVISO IMPORTANTE

A los personales se les comunica la conveniencia de que en caso de retiro del delegado, se reunan en Secretaría a los efectos de designar su reemplazante.

MOVIMIENTO DE AFILIADOS EN EL MES DE OCTUBRE

Ingresados: Ebanistas 36, lustradores 20, silleteros 4, obreros de máquinas 2, peones 3; total: 65.

Pases para otros sindicatos, 7.

Lo que vi en la guerra

. . . .

... Gran alegría. No hay ranchos, pero el agua calmará nuestras ansias. Arde mi boca. Tengo fiebre. El convoy no llega. Miramos los vivacs de Nador con ira. "Pero... estando tan cerca..." Nadie se explica. Mis jefes tienen agua; pero es poca. Cuando se acaba, beben champagne. A media noche, la sequedad del rico brebaje les irrita la boca, y la sed les enseña lo que sufren los soldados... Nadie duerme. Nadie ha comido. ¿Para qué?... Se pide agua; se fantasea con el agua. Nadie piensa en otra cosa. Los soldados hablan de los botijos con un cariño que da pena. La sed consume... Nador está lejos. Sabemos que allí hay agua en abundancia. La noche nos desespera; y en las trincheras veo con espanto las caras pálidas y contraídas de los soldados... Un soldado me describe con pasión artística, con fastuoso lujo de detalles y de imágenes, cómo son los botijos negros de su tierra... Llegaron a mirarse con mucha atención los orines. Temía mirar a los demás. No dormía. La luna no encanta ya.

. . . .

Silencio de muerte. Los sanitarios levantan las tiendas para abrigar del relente nocturno a los heridos, que son muchos, muchísimos. Nadie se explica la razón de tantas bajas, y es ello lo que inmuta. ¿A qué sacrificar tan estérilmente a estos soldados? El desconocimiento del terreno ha sido la causa de todo...

Los cirujanos rompen, desgarran las telas empapadas de sangre y curan entre alaridos. El apósito es rápido e ineficaz. Los médicos miran en torno con angustia. Nadie esperaba la hecatombe... Alineados junto a los bárbaros muros están los moribundos. Algunos se retuercen convulsivamente sin despegar los labios, con el rostro al cielo en gesto horroroso. Otros, encogidos como rollos, sujetan en tremenda actitud las ingles o las tripas. Mi alma desconocía estas supremas expresiones de dolor humano y sufría mucho y se indignaba... Un soldado tenía cubierto el rostro con un inmenso costrón de sangre y arcilla; otro preguntaba al sanitario si le amputarían la pierna, de la que extraían numerosas esquirlas. Pero lo que más acongojaba mi alma eran aquellos numerosos heridos a los que era imposible atender; y que se desangraban, se morían o se retorcían desesperadamente, abandonados... El trabajo de los sanitarios se hizo sobrehumano. No bastaban, ni ellos, ni los medios de que disponían. Todo era pobre, mediocre, malo e insuficiente. ¡Triste noche!

. . . .

El cielo y la tierra se han juntado... El agua penetra en las tiendas, y no se puede soñar cuando la noche se presenta muy negra y el campamento es una ciénaga... Por los agujeros que las balas han hecho los anteriores días de combate, pasa al interior de las tiendas el agua del cielo. Cae ésta pesadamente, se tiende como inmensa capa, se enracima en trombas, se precipita en descensos atroces y simultáneos de temperaturas opuestas... Asombra, asusta la tenacidad de esta agua africana. Los soldados la maldicen con blasfemias bestiales, porque el agua es un monstruo y su espíritu arrolla la fácil resistencia del nuestro. Los cajones de la menestra y los bocoyes sobrenadan. Se pudren los sacos de la patata. Y lo que es más triste, los ranchos no se pueden hacer... Los soldados rompen a porrazos las galletas en la punta del cuchillo del máuser y las comen despacio, mirando con tristeza infinita el lívido crepúsculo, difuminado en la implacable cortina de agua. El agua sube constantemente de nivel, y alarma. Bajo su enloquecedor torbellino, los soldados encauzan las avenidas... Los soldados se irritan, alzan los puños, cantan nerviosamente. Cuando les llega el turno de las avanzadas, juran y se resisten. Los cabos les pegan despiadadamente, y, al fin, tras de largos trabajos y bofetadas, envueltos en las mantas que pesan arrobas, pues están mojadas, uno a uno, en fila india, sorteando los remansos, hundiéndose en las zanjas, chapuzándose en los declives y cortaduras, pinchándose en las pencas avanzan a las trincheras. El foso es un profundo regato; el talud una hedionda masa de cieno. De pie no se resiste en el terraplén y humillados, sentimos el desamparo y el azote rígido, loco, bestial del agua.

. . . .

Los soldados al huir, se despojaban de las cartucheras y las correíllas. Los que podían; que no le fué posible a aquel soldado a quien por los tirantes le cogieron en su fuga... Era una procesión de camillas y coches de punto y paisanos cargados de heridos. No se acababa nunca, y nadie se explicaba la matanza... A todos los soldados que querían oirla les ha sido contada la verdad... "Veníamos rendidos de los buques después del viaje; después del viaje nos fué imposible desembarcar; el Levante nos llevó a Chafarinas, de nuevo volvimos a Melilla, y el episodio del desembarco—con el naufragio del lanchón—nos conmovió. ¿Cómo hubiéramos dado muestras de valor supremo, si estábamos todos mareados, locos de dolor y éramos muchos reservistas y nadie nos había puesto al corriente de la guerra"?... El telegrama oficial mintió. Decía: "Bandadas de grajos salen del barranco. Las bajas causadas a los moros deben ser formidables"... Eran nuestros soldados abandonados, los arrastrados por los moros al barranco desde las lomas de la batalla... No son las visiones espantosas de la guerra las que indignan, son las causas las que sublevan... ¡Cuando se escribe la verdad, la pluma es una verdadera espada!

. . . .

—Oye—le dije,—cuando el médico me aconsejó tener tensa la pierna y que esperara así hasta el día siguiente, en que los practicantes renovarían la curación, como no vinieran, mandéles recado; la contestación, broncínea, fué ésta: si no hubiera venido la guerra no se hubiera lastimado. Al otro día, deshechos los vendajes por mi mano, trabajaba yo en la carretera de Hidún bajo la mirada de dogo de un sargento que se complacía en humillarme.

. . . .

¿Por qué hemos hecho esa aventura? Y la pregunta quedará vibrante en el viento, hasta que una nueva sublevación de moros o un acontecimiento internacional nos dé la respuesta.

. . . .

Sólo se debe hablar de la guerra, como el soldado de Ovidio, en las tabernas. Sólo el vino o el alcohol le dan a la lengua la gracia sarcástica y el aticismo plebeyo suficiente para adornar lo que envuelven las sombras de la noche y del error, con una piel de monstruo. Nada mejor que el hablar de los heroísmos completamente borracho. Y al oficial aquel o sargento que en una bo rachera ganó la cruz laureada en Filipinas le hubiera alzado yo una estatua!

Maldecido destino el de nuestro país. Su porvenir estaba en Africa, según habían dado en decir todos desde hace diez siglos, y sólo conserva unos pedruzcos que las aguas del mar desgastan por sus cimientos.

Volver de la guerra es volver dei infierno, del mundo desconocido, del reino de las sombras, y el alma viene más fuerte, más grave y más triste. Sueña más que antes, porque el soñar es el privilegio de las energías reconcentradas. Trae más vida en la sangre, porque la guerra es la más ruda de las gimnasias, y, como la miseria, selecciona también sus hijos. Sin embargo, el corazón adquirió nuevas pesadumbres y nuevos dolores, de los que no tenía imagen. Vió sufrir a los demás, y aprendió el supremo valor de los sentimientos de los demás, de sus amigos, como él hombres. Y el corazón observó a sus hermanos.

. . . .

¡Que la lectura de mi diario os lleve el odio a la guerra!

Eugenio NOEL.

(De *Diario de un soldado.*)

Noel, un republicano español, hizo la pasada campaña de Melilla, y de ella cosechó una amarguísima experiencia, que está documentada en un admirable libro "Lo que vi en la guerra. (Diario de un soldado).

No hemos hecho más que reproducir unas pocas escenas. La lectura de ese libro—que hemos renovado con motivo de la nueva campaña militar de Marruecos—impresiona profundamente y lleva a quien lo lea sin torpes prepes prejuicios ni prevenciones, a un santo odio a la guerra. Las escenas se suceden a cada momento y revelan toda la crueldad de la guerra y los torpes procedimientos de los profesionales militares. Es un libro que debieran leer con gran atención todos los que con una inconsciencia espantosa hablan de la guerra como quien habla de un paseo cualquiera. ¡Sería muy saludable, sobre todo si el lector no ha llegado a considerar fríamente las bajas como mo un simple recuento de cosas!...

(Tomado de *Páginas Libres.*)

Lo que es el gobierno

Un gobierno, sea el que fuere, es una reunión de hombres que se han agrupado, movidos por una ambición común, para oprimir a otros hombres más débiles y más torpes. Hay que llamar a las cosas por su nombre. Tan nocivo es a la colectividad un gobierno despótico como otro constitucional; quizá éste más que aquél, puesto que los hombres que algunas veces se sublevan indignados por los excesos de un tirano, padecen con mayor resignación los excesos y tropelías que comete uno de esos gobiernos llamados democráticos.

JULIO SCHEFFER.

Canje
American Of Labor
Freedon-127 Assailston St N
LONDRES Inglaterra

PORTE PAGO

EL OBRERO EBAN

Organo del Sindicato Obreros Ebanistas, Similares y Anexos

Redacción y Administración: RIOJA 835

Del ambiente proletario

UNIFICACION E INDEPENDENCIA SINDICAL

He aquí dos problemas vitales, que nos toca resolver a los trabajadores, previos a toda otra acción contra el capitalismo y los poderes constituídos. Ellos son: la unficación del proletariado sindicalmente organizado y la independencia de la organización sindical frente a todos los partidos políticos y frente a todos los grupos sociales, que unidos por ideales o intereses, pretendan someterla.

Toda acción que los trabajadores lleven a cabo contra el poder de la burguesía coaligada, habrá de estrellarse por lógica consecuencia, si antes no logramos resolver ambos problemas que fundamental y directamente nos atañen, para la consecución de nuestros objetivos.

Las discordias intestinas por disidencia en detalles de organización; la guerra de unos organismos proletarios contra otros, también proletarios, por la división existente; los intereses personales o de grupo; la lucha de bandería por estrechez e incomprensión de las ideas; la manía caudillesca de individuos vanidosuelos que posponen la organización a sus mezquinas miras de figuración, la avidez de los partidos políticos, que por intereses electorales se lanzan a la rebatiña a la conquista de la organización; los intereses de empresa, puestos de manifiesto, por cierta prensa obrerista y anarquista; y, en fin, el parasitismo que en el campo obrero se viene creando, imposibilitan toda acción seria y fecunda, e impiden toda lucha contra la clase parasitaria y gobernante.

Todos estos elementos, que dentro de los organismos sindicales conviven, desarrollan una obra de zapa que mina los propios organismos socavando sus cimientos, basados en la moral sindical, y pudren la mentalidad proletaria, inutilizando las mejores individualidades, matando los más nobles anhelos e impidiendo que desarrollen en el ejercicio de la lucha, justa y necesaria, contra el capitalismo, las más fuertes e intensas energías que dentro del proletariado bullen en ansias de liberación.

Indirectamente todos estos elementos desarrollan en el seno de la organización una obra netamente capitalista, socavan y stbotean, conscientes unos e inconscientemente otros, la propia organización, el propio medio de liberación, haciéndolo inservible en la lucha que forzosamente, hasta su destrucción, debe desarrollar el proletariado organizado contra el actual régimen socitl. Tiene la burguesía con estos elementos bastantes colaboradores para no necesitar lanzarse con reacciones policiales, expulsiones, lockauts y excomuniones contra el proletariado sindicalizado. Mientras la obra de cizaña mine el campo obrero, la burguesía no tiene más que embolsarse la sangre y el sudor proletarios convertidos en oro, como los ogros de las cavernas con la sangre humana. Tiene, sí, suficientes colaboradores la burguesía y no necesita movilizar sus fuerzas mercenarias, porque ya nosotros, los trabajadores, nos encargamos de llevar a cabo su obra, destruyéndonos.

¿Qué argumento formal y firme puede oponerse a la unidad del proletariado, que justifique esta lucha fratricida? La idea, nos dicen; los principios. ¿Pero qué ideas y qué principios pueden sobreponerse a la necesidad de crear una vigorosa fortaleza, que tumbe la actual organización social para substituirla por otra más en concordancia con nuestros anhelos? ¿Y qué principios y que ideas son esas que no pueden llevarse a la masa para que las comprenda, las asimile, las mástique? ¿Qué principios son, cuáles. los que impiden que la unificación pueda llevarse a cabo, y qué ideas y qué principios se hallan en menoscabo porque la masa de los trabajadores los manosee y los mastique?

No nos convencen, no, los compañeros que temen por las ideas y los principios. Sabemos de sobra que es la incomprensión de los mismos principios e ideas, el miedo y la cobardía, cuando no intereses arraigados en el propio seno de los organismos, lo que les dicta su posición antiunificacionista, su acción divisionista, su prédica de desarmonía y cizaña. Ningún principio, ninguna idea puede sentirse perjudicada por introducirse entre el proletariado inorgánico e ignorante. Por el contrario, se extiende, se vigoriza, se pule, y se practicabiliza, tomando verdadera expresión de realidad.

Y el otro peligro, que tenazmente acosa a los organismos sindicales, el de la dependencia política de los partidos, es también una seria amenaza a la organización, que requiere suma atención y cuidado, por los que sinceramente nos organizamos y creemos en la eficacia de la lucha sindical y en la solución sindical también del problema social que nos concierne. ¿Qué derecho tienen los partidos políticos para pretender ser guías y directores de la organización, si en sus filas cobijan al elemento burgués y aburguesado, francamente reaccionario, carente de espíritu solidario, ajeno a la lucha sindical, extraño al medio ambiente proletario? ¿Cómo pretender que minorías audaces, detritus del proletariado, incapaces para luchar directamente contra el capitalismo, en la persona de los patrones, elementos con ambiciones mezquinas de representación política y ávidos de poder, por intereses inconfesados, puedan orientar, siquiera, a las masas organizadas, que son todo pretensión risible y ridícula, digna de la gazmoñería de nuestra politiuería electorera, de que son representantes los partidos llamados extremos, del socialismo aburguesado y del flamante comunismo electoral?

¿A nombre de qué títulos y qué razones pueden aducir los elementos políticos para pretender dirigir el movimiento sindical en carácter de tales? ¿Dónde y cuándo han demostrado su capacidad directriz y organizadora, su espíritu solidario y su espíritu de rebeldía en las cuestiones sociales en que el proletariado organizado se ha visto envuelto? Minorías audaces, repetimos, con propósitos mezquinos, que nunca, en ningún caso, han puesto en práctica ninguna acción constructiva, solidaria, directa; que han rehuído siempre la lucha franca, guareciéndose en un legalitarismo inconducente, cómodo, que no ha pasado en ningún caso más allá de la "protesta enérgica" que como muletilla estamos hartos de oír.

Necesaria e imprescindible es una reacción de la masa sindicalizada, que ponga coto al avance del elemento politiquero y a la prédica suicida divisionista de los idealistas sin ideales, que viven y se nutren como las ranas de la placidez de las aguas, de la ponzoña y de la carroña que las aguas estancadas crean. Debemos, en salvaguardia de la organización, poner una valla al ambiente de mentira y de cizaña que se está creando, sacando del medio al elemento que estorba al natural y lógico desenvolvimiento de los sindicatos, asegurando así la acción sindical del propio elemento que lo socava.

Hay que depurar las filas obreras, efectuando una profilaxis sindical, que anule los elementos muertos y la carroña que infesta con sus suspicacias, sus malas intenciones y sus intereses extraños a la organización, las filas obreras. De no ser así, cualquier lucha será inútil; nos estrellaremos como contra una roca. El elemento político y los divisionistas impedirán que la lucha entablada contra el capitalismo llegue a su fin.

Quien quiera sostener sus exclusivos puntos de mira en la lucha social que se encierre en un castillo rocoso y no salga para bien del proletariado explotado y vilipendiado ignominiosamente. Quien quiera conquistar cargos de relumbrón en las instituciones burguesas y quiera hacer negocios con la voluntad del electorado, que lo haga en buena hora fuera de la organización sindical, y si hay imbéciles que se presten a ello. A los trabajadores los queremos unificados, nos queremos unificados, libres de principios estrechos y puntos de mira dogmáticos, independientes de toda tutela, por más revolucionaria que sea; nos queremos orientados por nosotros mismos y emancipados y liberados por nuestra propia fuerza. Creemos que hay derecho a exigir que no se nos moleste, que no sean obstáculo a nuestra liberación, que no estorben; creemos que hay derecho a exigirlo.

Necesaria es sí una reacción formidable de los organizados que sinceramente se aprestan a emanciparse desde los sindicatos, una reacción que barra con todos los divisionistas, los cizañeros, los mezquinos. con los interesados en empresas periodísticas, con los políticos que encubiertamente traban su acción, y con el elemento burgués, que so pretexto de explotado se ha introducido en nuestro seno. Es hora ya de preguntarnos si puede tolerarse que se socave la organización; si puede permitirse la obra de división que se viene desarrollando; si puede permitirse se siga formando el ambiente de mentira que se está formando; si es admisible se siga tolerando la acción nefasta de los elementos políticos, en su afán de supeditar la organización al partido; en fin, es hora de fijar en estas cuestiones definitivamente posiciones, pronunciándonos de una buena vez, de si se puede o no hacer obra capitalista en la organización obrera.

Exijamos de todos los trabajadores que definan su pensamiento: o con la organización o contra la organización; o con el Sindicato o con el partido o el grupo; y exijamos se respete y se defienda la organización por encima de todo y contra todo, oponiéndola a todas las instituciones, de cualquier género que sean, y defendamos la unificación y la independencia sindical y gritemos a voz en cuello, seria, muy seriamente, por lo que a nosotros toca, para que este grito nuestro resuene bien alto y se adentre en los corazones de los proletarios todos: ¡Viva la organización sindical revolucionaria!

(De *Nuestra Palabra.*)

Lucha de partido y lucha de clases

El partido es un conglomerado heterogéneo de individuos de diversa posición social, unidos por una doctrina determinada. Económicamente puede existir la más grande diferencia entre ellos. El ideal común que los une es el de la conquista del Estado, al cual dan el poder de regulador de la sociedad.

Sin embargo, en la práctica, vemos que el Estado no es el órgano regulador de la sociedad. En los conflictos que los trabajadores plantean en el terreno de la producción, se ve claramente que el Estado no ejerce más que una función interventora, inclinándose siempre en favor de la clase capitalista, y empleando la violencia contra la clase obrera, si ésta intenta perturbar en lo más mínimo el orden que constituye la base de la sociedad capitalista. Las más de las leyes son el resultado de los conflictos que se producen entre capitalistas y obreros. Se deduce, entonces, que el Estado no es más que un resultado capitalista que interviene como factor coercitivo de los trabajadores. La conquista del Estado no puede ni tiene otro valor que llevar al privilegio y a la burocracia al partido que por medio de la violencia o del sufragio se apodera de él. La desigualdad económica no puede desaparecer con la conquista del Estado por cuanto aquélla se produce en un terreno ajeno a sus dominios.

El partido no puede hacer lucha de clases por cuanto, como he dicho, los mismos que lo constituyen pertenecen a la clase burguesa, unos, y a la clase proletaria, otros, y que solamente una doctrina abstracta los une. Ni aun en el caso de que el Estado fuera el dueño de las fuentes de producción puede hacer el partido lucha de clases, por cuanto que con el triunfo del partido éste se erigiría en el dueño de las riquezas. Y estaría siempre la clase trabajadora, que en su inmensa mayoría no interviene en las luchas de partido, bajo el dominio del partido que detentara el poder.

Como se ve, pues, el partido no puede hacer lucha de clases, ni puede cambiar la estructura de la sociedad en que vivimos, por no ser el dueño de las fuentes de producción, por ser un derivado de la sociedad capitalista y no un eje sobre el cual girase la sociedad.

Donde se pronuncia claramente la lucha de clases es en la acción del Sindicato. En el taller, en la fábrica, en el terreno de la producción es donde saltan a la vista y chocan los intereses distintos; es ahí donde se ahonda el antagonismo. Por un lado el burgués, dueño de los instrumentos de trabajo con su fiel cancerbero el Estado que lo defiende; y por otro lado el proletariado, despojado, defendiéndose de la explotación con su acción sindical. El Sindicato es la expresión de la fuerza de clase del proletariado organizado con la aspiración de emanciparse del yugo del burgués que lo explota.

Con la conquista del Estado el obrero no conseguirá el ideal de librarse de la explotación económica; para eso es necesario la conquista de la fábrica, el taller y todas las industrias y hacer que el Sindicato ejecute las funciones de distribuidor equitativo.

Conseguido, el Estado no tiene razón de ser por cuanto éste no es más que un defensor de la clase dueña de la producción.

Pedro DONAMARIA.

Balance del mes de Septiembre de 1921

ENTRADAS

Saldo del mes anterior	$	2.788.46
Recibido según cotizaciones, números 185 al 215	„	1.100.—
Por estampillas, números 18.901 a 20.000, serie C. Idem del 1 al 2000, serie E.	„	2.000.—
Recibido según talonario de Tesorería, números 855 a 866, como sigue:		
Por dos carnets	„	0.60
Alquiler de la F. O. R. A. hasta el 31 de agosto	„	250.—
Recibido de la F. O. R. A., por la mudanza	„	80.—
Nevuloni Juan, a cuenta de Greiser.	„	5.—
Para el Comité Pro Presos	„	5.—
Moliei J. Bautista, Greiser, saldo.	„	15.—
Vaghi Benjamín, saldo Greiser	„	10.—
Lista Pro Pacheco	„	11.—
Ruso Pascual, a cuenta de Greiser.	„	5.—
Recaudado Pro Pacheco, según talonarios núms. 1373 al 1403	„	237.70
Por ocho estampillas solidarias de tres pesos	„	24.—
Por 53 estampillas solidarias de un peso	„	53.—
Total de entradas	$	6.584.76

SALIDAS

Gastos de salón	$	160.—
Estampillas y expresos urbanos	„	53.05
Solidaridad a la U. Chauffeurs	„	500.—
Utiles de limpieza	„	10.10
Idem de Secretaría	„	74.—
Gastos de expedición	„	7.03
Cotizaciones a la F. O. R. A.	„	160.—
Alquiler de la casa	„	430.—
Libros para la Biblioteca	„	198.95
A *La Vanguardia*	„	2.—
Aporte al Comité de Unidad	„	200.—
A *La Organización Obrera*	„	5.—
Anuncio al diario israelita	„	9.—
Porte Pago	„	37.98
Aporte a la F. O. R. A. para las jiras de propaganda	„	500.—
Jornales para arreglo de la Secretaría sindical	„	183.20
Gastos de salón	„	43.85
Sueldo al cobrador	„	220.—
Sueldo al conserje	„	150.—
Total de salidas	$	3.429.16

RESUMEN

Entradas	$	6.584.76
Salidas	„	3.429.16
Saldo	$	3.055.60

DISTRIBUCION

Saldo que pasa a octubre	$	3.055.60
Depósito del alquiler	„	2.000.—
Depósito a la C. A. T. E.	„	50.—
Préstamo a los E. de Comercio	„	1.000.—
Idem a los O. Bronceros	„	500.—
Idem a los Marítimos	„	2.000.—
De los obreros de Greiser, restan.	„	316.15
Cuarenta y seis acciones a la Biblioteca Obrera	„	460.—
Porte Pago	„	100.—
Total del capital	$	9.481.75

PASIVO

De los fondos del periódico israelita	$	150.—

RESUMEN

Activo	$	9.481.75
Pasivo	„	150.—
Saldo definitivo	$	9.331.75

Vicente Tidone, tesorero.—*Francisco Faita*—*C. Velo, I. Landa*, revisores.